La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

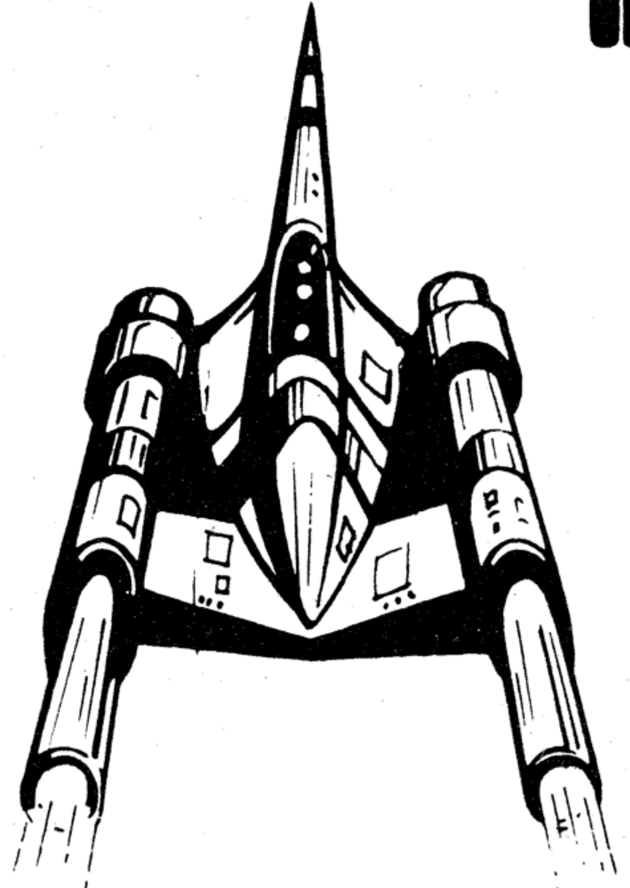
HACIA EL INFIERNO, SIN RETORNO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

2

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

596 — *Arde, Tierra, arde* — Clark Carrados 597 — *La plataforma de los dioses* — A. Thorkent 598 — *Androide Armageddón* — Curtis Garland 599 — *Los aborígenes de Kalgalla* — A. Thorkent 600 — *Hay que pintar a los invasores* — Ralph Barby

3



KELLTOM McINTIRE

HACIA EL INFIERNO,
SIN RETORNO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 601
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO
ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 39.912 1981

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: febrero, 1982
1.ª edición en América: agosto, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imagina-ción del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

5

CAPITULO PRIMERO

Poco a poco había ido perdiendo la memoria, hasta el extremo de no lograr recordar ni su propio nombre.

El mismo se había propuesto olvidar, como condición indispensable para burlar a la locura.

Si hacía un gran esfuerzo, sí.

—Bran... Bran Arrroser... Astronave... ¿astronave? *Inquirer-015*, en viaje exploratorio hacia... Andrómeda desde... ¿desde dónde?

Le dolía demasiado la cabeza cuando trataba de recordar. No valía la pena. ¿Para qué?

En ocasiones, Bran Roser se preguntaba para qué valía recordar.

Sus funciones mentales se habían ido apagando poco a poco. El había puesto toda su voluntad en no recordar, en no cavilar. Y el resultado saltaba a la vista: su cerebro se veía casi imposibilitado para elaborar ideas.

Había degenerado terriblemente. De criatura humana inteligente y sensible, se había ido convirtiendo al correr los años —¿o siglos?— en un ser elemental, primitivo, embotado. En resumen: en un animal.

Sobrevivía, eso sí. El instinto de supervivencia había obrado por él, le había dado facultad suficiente para aclimatarse y seguir alentando en aquel mundo tenebroso donde ahora vivía.

¿Vivía? ¿No sería más adecuado decir «vegetaba»?

Desde algún lugar situado allá arriba, en las tinieblas, le llegaba de cuando en cuando el alimento.

A veces atravesaba periodos de alucinante hambruna, pues «los de arriba» debían olvidarse de que Bran seguía alentando.

Y eso debieron pensar, sin duda, «los de arriba», pues uno de ellos se atrevió a descender al fondo de la sima, pendiendo de una soga.

6

Bran se abalanzó sobre él y le acometió con terrible saña. Lo hubiera matado, probablemente, con sus propias manos, de no ser porque el otro, en la angustia agónica, consiguió golpearle con un pedrusco en la cabeza.

Sí, lo más probable es que hubiera matado a uno de «los de arriba».

Tan probable como —acometido de un hambre terrible— lo hubiera devorado a lo largo de los días siguientes.

Pero aquella especie de ágil cercopiteco le golpeó con fuerza y le dejó atontado, momento que aprovechó el intruso para alejarse de un salto, aferrar la soga y escapar de las garras del prisionero.

Al cabo, volvieron a enviarle la comida y el cautivo fue recuperando lentamente sus energías, aunque la herida cicatrizó muy lentamente y le provocaba dolorosos espasmos que le impedían conciliar el sueño.

En cuanto al agua, esto no le causaba la menor preocupación: en su encierro de las profundidades existía un manantial que nunca se agotaba. Era un agua limpia y pura que fluía del seno de las rocas, atravesaba la caverna y se perdía en una hendidura, tan silenciosamente como brotaba.

En ocasiones, Bran experimentaba un ramalazo de sensibilidad.

Notaba los ojos húmedos e incluso se echaba a llorar. Pensaba en seres de otro sexo, criaturas dulces y comprensivas, que se dejaban abrazar y poseer, que pronunciaban susurrantes palabras de consuelo a su oído.

Pero en cuanto advertía esta debilidad, el cautivo se esforzaba en atajar tales devaneos sensibleros y estallaba salvajemente contra las paredes, arrancando chispazos esplendentes de las rocas.

Este era uno de sus recursos para no recordar ni pensar: entregarse salvajemente a la actividad física. Al fondo de la dilatada caverna habla ido amontonando una colosal pila de voluminosos pedruscos que —tiempo atrás— había arrancado de la gruta con la ilusoria esperanza de escapar de su encierro. Pues bien, tenía uno de aquellos accesos de emotividad, el recluso se afanaba en trasladar toneladas y

toneladas de aquellas piedras de un extremo a otro. Y todo ello con el único objetivo de mantener presa su atención del ejercicio físico. Al fin, completamente exhausto, se dejaba caer al suelo y dormía pesadamente, como un animal que hubiera huido durante jornadas enteras de sus depredadores.

Su cuerpo, ya de por sí de considerables proporciones, se había desarrollado tan espectacularmente que era posible observar cada músculo aisladamente sin necesidad de que el prisionero pusiera en tensión su soberbia musculatura.

Y no es que tratase conscientemente de atesorar gran poder y potencia para el día que tuviera que luchar con «los de arriba».

No. En cuanto a esto, el encarcelado había perdido toda esperanza largo tiempo atrás. Sabía que no podía escapar, porque lo había intentado mil veces. El resultado no había sido otro que la fractura de varias costillas e incluso de un brazo en cierta ocasión.

La chimenea por la que se llegaba a aquella gran sala subterránea era demasiado larga, ancha y pulida para permitirle ascender hasta lo alto. Sin tener en cuenta que, probablemente, «los de arriba» tendrían tapada la salida con una de aquellas moles planas de roca dura.

Al principio, había tenido la esperanza de encontrar un resquicio, una disimulada galería a través de la cual escapar. Allí estaba, como testigo, la gran muralla de peñascos que había ido arrancando de las fisuras e intersticios.

Todo inútil, pues las hendiduras se hacían cada vez más estrechas y aunque utilizará rudimentarias herramientas de piedra, nada podía hacer para encontrar una vía de escape en la durísima roca madre, excepto destrozarse manos y brazos.

Por cierto que sus manos habían llegado a convertirse en zarpas temibles, puesto que sus uñas se habían deformado y engrosado y sus dedos se endurecieron tanto que ni él mismo se los sentía al lado.

¡Ah, si Bran tuviera a uno o a cien de «los de arriba» a su alcance!

Cada golpe de sus manos habría arrebatado la vida de uno de aquellos seres que le hablan condenado a prisión de por vida en el seno de las

8

tinieblas.

Pero ellos no se atrevían a descender, ni él podía subir.

En los primeros tiempos, Bran se preguntaba por qué no le dejaban morir. Simplemente.

—Me odian —se respondía a sí mismo—. Quieren hacerme sufrir hasta el fin de mis días.

Pero ¿cuántos días, cuántos meses o años?

Lo ignoraba por completo.

La cerrazón animal en que se había sepultado embotaba su cerebro de tal forma que había perdido toda noción del factor tiempo.

Quizá sólo llevase unos años encerrado. Pero podían ser docenas de años, incluso un siglo, pues en Xattrai las criaturas humanas solían vivir incluso doscientos cincuenta años, según el cómputo del planeta.

En los primeros meses de encierro —entonces Bran llevaba la cuenta de sus jornadas de cautividad—, se preguntaba por qué eran tan crueles «los de arriba».

A simple vista, las gentes de Xattrai eran muy parecidos a él mismo.

Bueno, todos los que Roser había visto eran de raza negra, cabellos ensortijados y ojos singularmente amarillos con chispitas doradas.

Un poco más bajos, quizá, y más esbeltos. Endemoniadamente ágiles, pues sabían escalar con la agilidad de simios los acantilados de las cárcavas donde solían vivir.

Bran era alto, atlético, y tenía los cabellos de un color rubio muy claro, brillantes. Los ojos eran azules, clarísimos.

Desde luego, excepto la semejanza antropológica, no había mucho parecido entre «los de arriba» y el prisionero. Bran iba vestido y ellos semidesnudos. Ellos comían carne cruda, arañas y hormigas gigantes, pero el cautivo odiaba aquel tipo de alimentación.

Bueno, la odió al principio. Durante los primeros días de cautiverio, Bran enterraba la carne cruda que le arrojaban a través de la chimenea.

Luego, el hambre atroz y el instinto de conservación le forzaron a devorar la cruda pitanza.

Por aquel entonces, Bran todavía razonaba.

9

—No es posible que me odien sólo porque soy distinto», pensó.

¿Por qué, entonces, le hablan condenado a vivir en las sombras, aislado de todo ser viviente?

Bran no podía entenderlo de ningún modo. Y no es que él fuera una persona todo delicadeza y sensibilidad. Por el contrario, era adusto, violento y en ocasiones, feroz...

Precisamente, si le habían enviado hacia Andrómeda era porque...

Pero mejor era olvidarlo.

La incomprensión acerca del castigo que le habían infligido «los de arriba», por una parte, el largo aislamiento por otra y su propia voluntad en disminuir sus funciones mentales, además, fueron convirtiéndole en un animal, en un ser insensible a cualquier clase de padecimientos.

Sin embargo, y pese a sus propósitos, Bran Roser no logró embrutecerse por completo. No quería confesárselo a sí mismo, pero aún quedaba una pizca de sensibilidad en él.

En una ocasión —no recordaba cuando—, «los de arriba» le habían enviado la comida *viva*.

No podía establecer si era de noche o de día —aunque en aquel lugar tenebroso siempre era noche cerrada—, cuando oyó el rumor lejano que llegaba desde la chimenea.

Bran se incorporó y aguardó en silencio. Aunque no veía nada, se conocía perfectamente hasta el menor relieve de su encierro. Sabía a cuantos pasos se encontraba la chimenea y jamás tropezaba con ningún obstáculo en medio de las espesas tinieblas.

Arriba se produjo un roce y luego algo cayó sin gran estrépito.

Volvió el silencio y Bran, que acechaba, continuaba atento pues... sabía que un ser vivo permanecía a pocos pasos de distancia.

En ningún momento, experimentó temor. Su rencor hacia «los de arriba» era tan intenso que ansiaba la oportunidad de «cazar» a uno de ellos.

Sus oídos, superagudizados, podían percibir la respiración y el temblor de aquella criatura. Era un ser vivo, ciertamente. Y

aterrorizado.

Bran saltó hacia adelante en las tinieblas con la agilidad de un cuadrúmano y cayó sobre su presa.

Probablemente, la hubiera matado al primer zarpazo... si no hubiera descubierto al simple tacto que no se trata de uno de «los de arriba».

Se trataba de un joven antílope, una esbelta hembra, según comprobó poco después.

El terror del animal era tan intenso que ni siquiera se atrevía a balar, a pesar de que tenía una pata quebrada.

Bran, que había aferrado en un apretado dogal al antílope en el primer momento, lo soltó lentamente y acarició su suave pelaje.

Luego palpó con cuidado la pata rota y por primera vez el antílope hembra baló, quejumbrosamente.

Bran lo tranquilizó poco a poco. Le hablaba al oído y seguía acariciándole. Cuando lo soltó, el animal tropezó contra el muro y berreó, dolorido.

Aquello debió suceder mucho tiempo atrás, pues por entonces el prisionero todavía conservaba unos jirones de sus ropas sobre sí.

Buscó dos lascas delgadas de piedra y con unas tiras de tejido entablilló cuidadosamente el miembro quebrado.

Su conducta era absurda, ciertamente.

Pues «los de arriba» le habían hecho llegar aquel animal para que lo sacrificase y se alimentase de su carne. Esto se demostró fácilmente, pues durante muchos días sus captores no le enviaron ninguna comida.

Sin embargo, el encarcelado no sólo aguantó su hambre devoradora, sino que ofreció al animal un poco de sus víveres.

Naturalmente, el antílope rechazó aquella comida: era carne seca, endurecida. Y los herbívoros sólo comen eso: hierba.

¿Cómo pudo un hombre tan endurecido encariñarse tan profundamente de un simple animal?

Cuando, al cabo de muchos días, volvió al oírse un rumor en la chimenea, Bran saltó hacia allá y gritó con todas sus fuerzas:

11

—¡Animales, enviadme un poco de hierba!

Se asustó dé su propia voz, que llevaba tanto tiempo sin escuchar.

Pero los de arriba o no le entendieron o le entendieron demasiado bien, pues unos minutos después Bran recibió sobre si una repugnante lluvia de orines pútridos y excrementos.

Entonces se sintió abatido, primero, y terriblemente furioso después. El animalito, asustado por su cólera, se refugió en un rincón y aguardó allí hasta que el paroxismo de su compañero de encierro cedió.

Naturalmente, el animal no podía vivir sin sustento y pocos días después murió.

Con manos temblorosas, el primero empuñó una lasca de piedra, cavó denodadamente, hizo un hoyo profundo y enterró al antílope.

Luego se dejó caer sobre la tierra húmeda y lloró desconsoladamente.

CAPITULO II

Desde luego, aquel incidente fue rápidamente olvidado, porque Bran lo relegó inmediatamente a un rincón de su memoria.

Después de ello, se embruteció aún más. Trabajaba sin descanso, en aquella absurda tarea de cambiar de lugar treinta o cuarenta toneladas de roca. Después comía, bebía y se dejaba vencer por el sueño. A veces debía dormir por espacio de un día entero, pues cuando despertaba se sentía envarado, pesado y lleno del sopor y la torpeza propios del sueño más profundo, excesivo.

Pero así estaban bien las cosas. No interesaba pensar. Sólo trabajar, comer, dormir.

Bran había conseguido un perfecto dominio sobre sus sentimientos.

Dominaba perfectamente a su ser consciente, perol el subconsciente se le resistía tozudamente.

Y así soñaba y soñaba. No se trataba de delirios o ensueños, de hechos ficticios. Soñaba justamente con lo que había sido su existencia pretérita.

*

Zoltan Vladikow veía las cosas claras: Roser era un completo inadaptado.

Se emborrachaba a menudo, en horas de trabajo —lo que iba contra las disposiciones de la base *Ganímedes-Uno*—. mantenía pendencias con sus compañeros, molestaba a las mujeres y se mostraba siempre belicoso y rebelde.

Por fortuna, profesionalmente Bran Roser era algo muy distinto. A

13

sus veinticinco años dominaba una gama de saberes que iba desde la Medicina, la Química y la Biología, hasta la Botánica Experimental, la Zoología y tenía sólidos conocimientos de Electrónica y Mecánica espaciales.

Para Vladikow, jefe supremo de la *Ganímedes-Uno,* Bran Roser suponía continuamente un motivo de inquietud.

Frecuentemente, Vladikow se había preguntado cuáles eran los motivos de tan desviada conducta. En los antecedentes de Roser, existentes en los ficheros grabados en micro-cápsulas de video, no existían datos que justificaran enfermedad nerviosa o desequilibrio psíquico alguno en aquel individuo.

¿Qué era entonces lo que le ocurría a Roser? Introvertido, pero creador, violento hasta la peligrosidad, pero cumplidor de sus deberes como jefe del Departamento de Investigación; apasionado a veces, frío como el hielo en ocasiones.

—Debe haber alguna explicación para justificar su extraño carácter —cavilaba Zoltan Vladikow.

Discretamente, Vladikow trató de sondear a Roser. El jefe de *Ganímedes-Uno* era doctor en psicología Aplicada del Espacio y también un eminente antropólogo. Poseía, pues, conocimientos suficientes para investigar la conducta de cualquier individuo de la raza humana.

Pero Roser se le resistió tenazmente desde los primeros momentos.

En sus entrevistas, Roser se mostraba impenetrable, parco en palabras y en gestos. No mentía: se limitaba a callar respecto a cualquier pregunta o insinuación que no estuviera directamente relacionada con sus deberes profesionales y sociales.

El Consejo Disciplinario había sido suave para con Roser cuando éste cometió algunos actos atentatorios contra la disciplina, casi siempre reyertas o malos tratos de palabra a otros miembros de la Base.

La lenidad del Consejo Disciplinario se había traducido en correctivos marcadamente leves. ¿Por qué? Sencillamente, el Consejo

había tenido en cuenta que Bran Roser era uno de los más importantes técnicos de la base experimental. Su trabajo, sus conocimientos y la aplicación de los mismos en el Departamento e Investigación eran preciosos y un castigo que consistiera, por ejemplo, en el aislamiento de Roser, hubiera supuesto un grave quebranto en la Investigación.

Desde luego, Roser no era el único que cometía graves faltas contra la disciplina. Estaban, por ejemplo. Plummer, Gritts, Laronge, Márquez, Harpov, Ben Hammaz, Baletti y Blaustein, los cuales habían cometido el error tremendo de alzarse en rebeldía contra el propio jefe Vladikow, a quien habían tratado de deponer por la fuerza.

Aquellos ocho hombres aguardaban en los calabozos de seguridad situados en la quinta subplanta de la Base. Los rebeldes vivían ahora en completo aislamiento y aguardaban, tras el correspondiente proceso, el veredicto de las autoridades supremas de la Tierra.

En su fuero interno, Zoltan Vladikow admitía que las circunstancias de *Ganímedes-Uno* propiciaban —en cierto modo— esta clase de delitos indisciplinarios.

La superficie helada de Ganímedes no permitía que las 1.200

personas de la base pudieran moverse a gusto. La mayor parte de las instalaciones eran subterráneas, lo que limitaba considerablemente las posibilidades de esparcimiento de los hombres y mujeres que convivían, como topos, en las profundidades del satélite.

Se trataba, por otra parte, de unas instalaciones angostas. Se prevenía una ampliación considerable de la Base —de hecho se trabajaba en ello—, pero esto no sería una realidad sino varios años más tarde.

La consecuencia era que 1.200 seres se veían constreñidos en las dependencias, que apenas disponían de unos 2.000 metros cuadrados.

Sólo el hangar donde se encerraban las dos superastronaves *Inquirer* y otras naves de menores dimensiones ocupaban unos mil metros cuadrados de superficie. Esto suponía que la población de *Ganímedes-*

U *no* apenas disponía de un metro cuadrado por persona.

Se habían dado casos de desequilibrios nerviosos, provocados por

la sensación de claustrofobia. Precisamente tres de los rebeldes — Laronge. Plummer y Ben Hammaz habían sido atacados por este mal.

Si. Vladikow comprendía todo esto. Pero tal comprensión no pesaba para nada a la hora de proponer un castigo al Consejo Disciplinario, porque comprendía que la supervivencia de las 1.200

almas encomendadas a su custodia dependía en enorme grado del nivel de la disciplina.

Que de cuando en cuando estallasen los nervios y se produjeran reyertas y otros actos de indisciplina era casi normal.

Sobre todo, si se tenía en cuenta la desproporción entre los sexos.

En el momento actual, en *Ganímedes* Uno sólo había 450 mujeres para 750 hombres.

Pero ¿a qué se debía esta considerable diferencia entre varones y hembras?

Al principio —unos cinco años atrás—, la Base se había ido engrosando hasta llegar a la cifra de 1.500 miembros, 800 hombres y 700 mujeres. La diferencia era pequeña, pero estaba justificada porque unos cien individuos pasaban de los sesenta años y sus necesidades sexuales no eran considerables.

A lo largo de aquellos cinco años, el número de mujeres descendió a 450. ¿Qué ocurrió? Nadie se lo explicaba, pero murieron.

Posiblemente, las hembras no lograron adaptarse tan bien como los hombres a la vida en *Ganímedes.*

Vladikow estaba en vías de solucionar esta anomalía. Había hecho un documentado informe dirigido al Consejo Supremo y recibido la promesa de que en los próximos convoyes llegarían a *Ganímedes* Uno las mujeres que faltaban para conseguir el anterior equilibrio entre los sexos. Pero entre tanto...

En cuanto a Bran Roser, Vladikow sabía que no tenía que enfrentar problemas de este tipo. Era un hombre de elevada estatura, apuesto, atlético y muy atractivo. Su atracción se veía, además, acentuada por su personalidad tan enigmática e impenetrable.

No le faltaban mujeres a Roser. A pesar de lo cual, las explosiones

de su carácter, tan frecuentes, atentaban peligrosamente a la disciplina.

Roser había gozado de las atenciones de las mujeres más bellas de *Ganímedes-Uno.* En sus brazos habían estado Perla Brown. Cheryl Normander, Nell Davis, María Gálvez, Ilse Goldsmitt, Zaira Beluch...

Por lo demás, el científico parecía un hombre incapaz de enamorarse profundamente, pues sus relaciones íntimas jamás duraban más de uno o dos meses con cualquiera de aquellas mujeres.

De todas formas, su innegable éxito con el sexo contrario debió provocar no pocas envidias entre sus compañeros.

Por lo común, sin embargo, ninguno de los varones llegaba a las manos con Roser por propio impulso, sino precisamente provocados por la actitud belicosa de éste.

Uno de los que le profesaban una antipatía profunda era el intendente, Paul Grandier.

Mucho antes de que Bran Roser lograse atraer a Sonia Gladmoore —la más joven y deseable de las mujeres de *Ganímedes-Uno*—, Grandier bebía ya los vientos tras aquella guapísima mujer morena de ojos tan esplendentes como las esmeraldas talladas.

Es lógico que Paul Grandier se sintiera despechado y celoso.

Durante cinco años, había asistido —dominado por la frustración— a los constantes éxitos sentimentales de Bran Roser.

Y luego, cuando tras mucha insistencia, había conseguido atraerse un mínimo de las simpatías de Sonia Gladmoore, llegó Roser y se la llevó.

Días después, a Grandier y Roser tuvieron que separarlos varios agentes de seguridad cuando estaban enzarzados en una violentísima pelea, en la que Grandier, desde luego, llevaba la peor parte.

Y finalmente se produjo la tragedia.

Hasta entonces, las causas de mortalidad en *Ganímedes-* Uno habían sido muy específicas: la enfermedad, los accidentes fortuitos y el suicidio.

Pero la estadística se vio entonces aumentada con una nueva palabra: *homicidio.*

17

Vladikow, previendo lo que podría suceder, procuraba que Grandier y Roser estuvieran separados durante la mayor parte de la jornada. Pero ellos, de forma inexorable, buscaron la forma de llegar a una nueva confrontación.

Y esta vez, mortal.

Cuando Vladikow supo la noticia, quedó pasmado de dolor y preocupación, pero también se sintió muy sorprendido.

—Roser y Grandier se han peleado —oyó el informe—. Ha habido un muerto.

Vladikow imaginaba, congruentemente, que Grandier, ofuscado, había asesinado a Bran Roser.

—¿Quién es el muerto? —preguntó, seguro de cuál sería la respuesta.

Pero le respondieron:

—Paul Grandier. Roser estampó su cráneo contra la pared y Grandier resultó muerto instantáneamente. Su cabeza quedó destrozada.

—¡No es posible! —exclamó el jefe de la base—. Imaginaba que...

Pero sí era posible, según comprobó minutos después.

Acompañado por el jefe de seguridad y varios de sus miembros, descendió al almacén, donde se había producido el terrible encuentro.

El almacén era el área donde trabajaba el intendente, lo que presuponía
que
Bran
Roser
había
buscado
a
Grandier
deliberadamente.

Sí, allí estaba el intendente en el suelo. Su cabeza, hundida en el occipucio, aparecía rodeada por un charco de sangre.

Sonia Gladmoore, semidesnuda, aguardaba en un rincón, pálida y desencajada. Balbucía algo ininteligible entre dientes y temblaba con tremendos escalofríos.

Aunque Vladikow la interrumpió minutos después, nada coherente

obtuvo de ella. A Vladikow le pareció que la joven estaba bajo el efecto de alguna droga.

En cuanto a Roser, se había dejado prender mansamente por los

agentes de seguridad.

Vladikow no quiso interrogarle, por el momento.

Se sentía horrorizado por el «espectáculo» que acababa de ver con sus propios ojos.

19

CAPITULO III

Cuando terminaba aquel sueño pesado y profundo, Bran no recordaba ni un solo pasaje de sus delirios o, mejor dicho, de los recuerdos escenificados por su subconsciente.

Otro hombre en su lugar, otro prisionero, se hubiera aferrado desesperadamente a sus recuerdos como remedio a la desesperación que el encierro produjera en su ánimo.

Roser no.

Roser intuía de algún modo que los recuerdos de su vida pasada le debilitarían y le llevarían a la degeneración física. Y era precisamente su físico, su resistencia y vigor, lo único que él pretendía conservar.

Al poco tiempo de despertar, se veía asaltado por un hambre feroz, que le impedía a. buscar desesperadamente alimento ven el hueco de la roca madre que le servía de rústica alacena.

Mediante un automatismo meramente animal, el prisionero había llegado a averiguar la secuencia de las diversas estaciones del año en Xattrai.

Sus experiencias y capacidades se basaban en la simple observación: en verano, le arrojaban a través de la chimenea grandes cantidades de carne fresca. En invierno, sólo recibía cecina —carne seca y tremendamente salada— y algo de pescado ahumado.

Al inicio de su cautiverio. Bran se daba tremendos hartazos de carne fresca, temeroso de que la abundante vianda que le enviaban entrase en putrefacción y él mismo pereciese victima del botulismo (11).

(11) Enfermedad provocada por la alimentación a base de carnes corrompidas. Las botuli-nas son sustancias tóxicas producidas por bacterias en la carne de reses enfermas.

20

Aquellos banquetes de carne cruda y poco salada, le provocaban frecuentemente cólicos tan intensos que llegó a sentirse, en ocasiones, a un paso de la muerte.

Escarmentado, comió de allí en adelante con mayor precaución.

Naturalmente, a los cuatro o cinco días la carne se pudría y hedía hasta la náusea.

Fue así como buscó a ciegas y halló una veta de sal gema dentro de su caverna-prisión. A partir de aquel momento, no tuvo ya problemas para conservar sus provisiones, aunque la carne salada le obligaba a beber grandes cantidades de agua.

Un agua riquísima, que debía estar saturada de minerales y elementos beneficiosos, porque el prisionero no enfermó jamás. Por el contrario, sus músculos adquirieron una fuerza nada común y su osamenta fue ganando paulatinamente en volumen y resistencia.

Después de comer y beber, le asaltaba una extraña ansiedad que le obligaba a caminar como un león enjaulado o a dedicarse a la aún más rara actividad de arrancar peñascos y amontonarlos en un lugar determinado.

Poco a poco, sus resistentes vestiduras espaciales se habían ido convirtiendo en jirones hasta que la última brizna de fibra cayó de su cintura y quedó completamente desnudo.

Su cuerpo, apenas velludo, fue criando poco a poco un vello, que si al principio fue fino y suave, llegó a convertirse en cerdas gruesas y espesas que casi le cubrían toda la piel.

Los cabellos le caían desordenadamente sobre los hombros y hubiera deseado cortárselos para sentirse más libre de movimientos.

Sus poderosas manos habían ido fabricando lentamente pero sin desmayar, algunas herramientas de las que en ocasiones se valía para cavar o cortar la carne. Eran herramientas muy rudimentarias sí, propias de una cultura neolítica, pero eficientes para el uso que Bran les daba.

Cuando hubo obtenido una especie de cuchillo de filo muy aguzado, el prisionero lo manejó cuidadosamente para ir cortando su

21

pelo desde la raíz de los cabellos. Fue una tarea lenta y dolorosa, pues la lasca de piedra no cortaba con la eficacia de un bien afilado cuchillo de acero.

Pero al fin, Bran dispuso de un manojo de largos cabellos que acarició lentamente con sus toscas manos.

Luego, de improviso, sus dedos comenzaron a moverse con destreza y unieron y trenzaron cada hebra hasta formar una delgada pero resistente cuerda de metro y medio de longitud.

¿Para qué quería aquella cuerda?

A pesar de que se había convertido en un animal, el prisionero era consciente de que la cuerda no le serviría para escapar: la chimenea, lisa, bruñida y por tanto resbaladiza, debía tener una longitud no inferior a los veinticinco metros. Imposible hacer llegar la cuerda a las alturas y trepar sirviéndose de ella.

No. No la necesitaba para fugarse, sino para estrangular con ella al primero de «los de arriba» que osase descender hacia la profunda cueva.

En aquella ocasión se sentía muy fatigado por el laborioso ejercicio de trenzar la corta soga, de modo que se dejó caer al suelo y se durmió pesadamente.

Y soñó...

*

Fuera de su celda se produjo un gran tumulto. Bran acababa de despertar sobresaltado, después de escuchar aquel alarido agónico.

Oía gritos, carreras apresuradas, órdenes gritadas a voz en cuello.

—¡Aprisa, aprisa, abrid todas las celdas!

—¿La de Roser también?

—¡Sí, sí, pero en seguida!

—¿Para qué queremos a ese tipo? ¡Roser es uno más de ellos...!

—¡Haz lo que te he dicho. Gritts! Roser es un científico y nos

interesa. ¡Date prisa, estúpido, antes de que lleguen los del servicio de seguridad...!

Su celda se abrió bruscamente y Bran comprendió.

Los rebeldes hablan conseguido sorprender a los agentes de seguridad, era evidente.

—¡Vamos, salga de ahí! —le gritó un desaforado individúo que empuñaba una pistola láser.

Bran dio unos pasos fuera de su celda y vio la horrenda carnicería que manchaba de sangre el pasillo de los calabozos.

Al parecer, los rebeldes habían sorprendido a dos agentes de seguridad —un hombre y una mujer— y los habían masacrado a ambos sin misericordia.

Tres de los rebeldes se alejaron pasillo adelante y desaparecieron.

La prisión quedó silenciosa nuevamente.

Bran volvió despacio al interior de su celda, tiró de la puerta y se dejó caer en su camastro.

Poco después, se oyeron de nuevo los gritos y las carreras, mezclados con alaridos de dolor.

Bran sonrió sin ganas. Estaba seguro de que la intentona acaudillada por los rebeldes Plummer y Gritts acababa de fracasar.

Y así era. Arrastrados por los de seguridad, los fugitivos que no habían dudado en asesinar a dos compañeros, fueron arrojados a sus celdas sin muchos miramientos.

Poco después, unos pasos se detuvieron ante el calabozo que ocupaba Bran Roser.

La puerta se abrió un momento después y el jefe Vladikow y el coronel Arqueros —jefe, a su vez, de los servicios de seguridad— contemplaron a Roser con asombro.

—Es curioso. Su celda estaba abierta —observó Arqueros—. Parece evidente que los rebeldes la abrieron. Pero Roser está ahí, dentro.

Los ojos grises de Vladikow buscaron los del prisionero, como buscando una explicación.

Pero Bran Roser, que descansaba en su camastro, giró sobre si

mismo y les dio la espalda.

Dos días después, Vladikow hizo comparecer a Roser ante el Consejo Disciplinario que habría de incoar el proceso por el homicidio cometido por Bran en la persona del intendente Grandier.

El Consejo estableció que Sonia Gladmoore y Paul Grandier se encontraban a solas en el almacén, cuando Roser penetró en aquella dependencia, después de destrozar la puerta a disparos de una pistolaláser.

Interrogado sobre los motivos que le habían llevado a asesinar al intendente, Bran Roser se limitó a responder: —Se lo merecía. Era una bestia inmunda.

De nada valió insistir. Roser repetía una y otra vez la misma frase: —Se lo merecía.

Pero no dio más explicaciones.

Después compareció Sonia Gladmoore, en calidad de testigo. La guapa muchacha dirigió una intensa mirada al acusado. Una mirada en la que se leía el amor y el reconocimiento.

A las preguntas del inquisidor, respondió que Grandier la había hecho ingerir una bebida, tras lo cual se sintió muy mareada y perdió la noción de las cosas.

—Creo que a continuación, Grandier me violó —añadió.

Vladikow se dirigió a Roser al preguntar: —¿Es cierto esto?

Pero el prisionero apretó los labios tenazmente y no pronunció una palabra.

La encuesta terminó pronto y fue absolutamente frustrante para los miembros del Consejo Disciplinario, que intuían que había algo más, pero ninguno de ellos llegó a descubrir aquel enigma que estaba en el ánimo de todos.

Se estableció, pues, que Bran Roser había matado a Grandier impulsado por los celos.

En *Ganímedes* Uno no estaba previsto mantener a los disciplinados en prisión por largo tiempo. Se trataba de una Base Experimental y no

de una penitenciaría. Por otra parte, hasta aquel momento, no se habían dado delitos graves. Por tanto, los jueces decidieron pedir un veredicto imparcial al Consejo Supremo.

A la espera de la decisión, Bran Roser volvió a su celda. Cuando los agentes de seguridad le sacaban de la sala del Consejo, se produjo un incidente: Sonia Gladmoore se arrojó impulsivamente sobre Roser y le abrazó y le besó apasionadamente, al tiempo que pronunciaba unas palabras susurrantes que sólo el prisionero logró escuchar.

—Gracias, amor mío. ¡Jamás podré olvidarlo aunque...!

Tuvieron que separarla de Roser por la fuerza, pues la joven se aferraba con desesperación al acusado.

Cuando éste se encontró de nuevo en los calabozos, comprendió que le aguardaba una durísima prueba.

Sin embargo, no estaba arrepentido en absoluto por lo que había hecho.

«Lo volvería a hacer de nuevo, si Grandier tuviera la facultad de resucitar», pensó.

No muy lejos de allí Vladikow cavilaba, sumido en serias dudas.

«¿Por qué, por qué lo hizo? Roser es un hombre violento, de reacciones imprevisibles, pero siempre se comportó con nobleza. Y

ahora...»

En otras ocasiones, alguna de sus «conquistas» —Perla Brown— había interrumpido bruscamente sus relaciones íntimas con Bran Roser para arrojarse en los brazos de otro hombre. Pero Bran siempre reaccionó con indiferencia a tales hechos.

Naturalmente, en el caso de Sonia Gladmoore, Grandier había empleado medios poco ortodoxos —aunque no violentos— para seducir a la muchacha. Y esto, probablemente, había influido en el excitante ánimo de Roser.

«Pero ¿hasta llegar al asesinato?, se preguntó ahora el jefe Vladikow.

Según había confesado el propio Roser a los de seguridad, Grandier no se había resistido ni le había plantado cara. Bran le había asesinado

25

a sangre fría, abusando además de su superioridad física, muy considerable.

Hasta el último momento del corto proceso, Vladikow había deseado fervientemente descubrir y probar algún elemento de juicio que sirviese de atenuante al imperdonable crimen de Roser.

A pesar de todo, Vladikow apreciaba a aquel hombre, en quien adivinaba virtudes viriles y humanas que permanecían soterradas bajo una capa de indiferencia y brutalidad.

Y ese motivo —ese elemento de «juicio»— existía.

Sólo que Bran Roser jamás lo revelarla porque amaba y respetaba a Sonia Gladmoore.

Bran no habría asesinado a Grandier si no se hubiera dado una circunstancia especialísima: cuando Roser penetró en el almacén, *Grandier estaba sodomizando a Sonia.*

CAPITULO IV

Cuando llegó el veredicto del Consejo Supremo, hasta el propio jefe Vladikow se estremeció.

Luego reunió apresuradamente a los miembros del Consejo Disciplinario de *Ganímedes*- Uno y les informó de palabra acerca de aquella decisión.

Las doce personas que escucharon el informe palidecieron, tan profunda fue la impresión que recibieron.

El veredicto atañía a los ocho rebeldes y también a Bran Roser.

Y decía:

« CONSIDERANDO : los graves delitos cometidos por los rebeldes Iam Plummer, Rudolph Gritts. Rene Laronge. Sergio Márquez, Ivan Harpov, Ahmed Ben Hammaz. Rocco Baletti y Carl Blaustein, de una parte: y el asesinato perpetrado por el doctor Bran Roser, de otra.

CONSIDERANDO también la doctrina moral de este Consejo Supremo, contraria a la imposición de la última pena.

FALLAMOS : Que los nueve procesados serán enviados en una superastronave " Inquirer " hacia la constelación de Andrómeda. Los elementos automáticos de la nave serán ajustados para que los condenados no puedan alterar el itinerario del astro-vehículo, de forma que la autonomía de éste no alcance sino hasta los limites de la mencionada constelación, con la imposibilidad absoluta de volver al satélite Ganímedes ni a ningún otro astro de nuestra Constelación.

Se avituallará la astronave con víveres suficientes, equipo de supervivencia e investigación, de modo que los reos puedan

sobrevivir, investigar y experimentar allá donde la suerte les llevare.

Esta sentencia, que se ejecutará inmediatamente, es encomendada al Consejo Disciplinario de la base *Ganímedes*-

Uno, que llevará a la práctica inapelablemente todos los aspectos recogidos en nuestro fallo...»

Todos los miembros del Consejo pensaron lo mismo: «Es una sentencia sumamente cruel. ¿Cuál será la suerte de esos hombres? Probablemente cuando la energía se termine a bordo de su astronave, errarán por el espacio eternamente. Es una suerte terrible e inmisericorde.»

A pesar de lo cual, aquellos doce hombres presididos por el presidente del Consejo —el jefe Vladikow—, acataron la voluntad del tribunal que había decidido la sentencia y se dispusieron a cumplirla en todas sus partes.

Pero antes, tras votar todos los miembros, se llegó a un acuerdo: no participar la sentencia a los condenados, pues ya era de por sí bastante rigurosa la pena que habrían de cumplir como para, además, atormentar a los reos antes de que la condena hubiera comenzado a cumplirse.

La superastronave *Inquirer* 015 fue revisada por los mecánicos y avituallada de acuerdo con la sentencia.

Luego, poco antes de que el jefe Vladikow visitase uno por uno a los condenados en sus celdas, se produjo el suicidio de Carl Blaustein.

Los agentes de seguridad le hallaron con las venas de las muñecas cortadas y en medio de un charco de sangre, completamente desangrado.

«Tal vez Blaustein fue el único que tuvo la suficiente clarividencia para adivinar lo que se le venía encima», pensó el jefe Vladikow.

En sus entrevistas con los condenados, Vladikow puso toda su voluntad en ser convincente y en no dejar traslucir la preocupación que le embargaba.

28

A cada uno de los reos, dijo lo siguiente: —Aunque se ha hecho usted acreedor a un castigo inexorable, el Consejo Disciplinario ha acordado ser clemente, Pero sus culpas no quedarán sin sanción: formarán parte de una misión arriesgada y llena de peligros, que les llevará hasta el confín de nuestra Galaxia.

A juzgar por sus expresiones, Vladikow dedujo que la noticia les alegraba más que les conturbaba.

El único que no demostró la menor satisfacción cuando Vladikow le informó de la decisión adoptada por el Consejo Disciplinario fue Gran Roser.

—A mí no puede engañarme, jefe Vladikow —dijo, escrutando con fijeza las facciones de su interlocutor—. Sé que nos envían al infierno, sin posibilidades de retorno. Sin embargo, acepto mi condena —añadió, imperturbable.

Y luego, llegó el fin de la partida. Los poderosos montacargas del hangar elevaron a la majestuosa *«Inquirer-015»,* la poderosa superastronave de casi trescientos metros de longitud.

Los siete rebeldes y el doctor Roser ascendieron lentamente al vehículo. A medio camino, Roser se volvió un momento y dirigió una lenta mirada el grupo formado por el jefe Zoltan Vladikow y a los restantes miembros del Consejo Disciplinario.

No fue una mirada dura, llena de reproche, sino inquisitiva.

Vladikow pensó que a Roser le hubiera gustado despedirse de Sonia Gladmoore. Y verdaderamente el jefe poseía autoridad para propiciar aquella entrevista. Estuvo a punto de facilitarla, pero finalmente dejó las cosas como estaban.

¿Los motivos de aquella actitud?

Vladikow imaginaba que para Roser sería terrible aquella entrevista, sabiendo —como sabía ya— que jamás volvería a ver a Sonia.

Luego los potentes impulsores de la astronave entraron en funcionamiento y la *Inquirer-* 015 ascendió vertiginosamente y se perdió en la fluida atmósfera de Ganímedes.

29

*

Cuando Bran Roser conoció la sentencia, sabía ya que se exponía a morir asesinado.

Sus sospechas partían de una base lógica: cuando los rebeldes le propusieron la fuga, él les había dado la espalda.

Era, por tanto, lógico, que no se fiaran de él. O todavía peor: que hubiese despertado el rencor de aquellos siete hombres carentes de escrúpulos.

Por eso permaneció alerta en cuanto la astronave se alejó de Ganímedes, rodeó Júpiter y se alejó hacia los remotos con fines de la galaxia.

Sin embargo, sus pensamientos eran sombríos.

Viviría alerta, sí. Pero ¿qué podría él conseguir, solo contra siete individuos que no habían vacilado en asesinar fríamente a un hombre y una mujer? También él se había convertido en un criminal, ciertamente, pero los impulsos que le habían llevado al homicidio eran muy diferentes.

Conocía bien al grupo que dirigía Iam Plummer. Se trataba de verdaderos ególatras, individuos vanidosos y envidiosos —aunque muy expertos—, dominados por un descabellado delirio de grandeza.

Durante las primeras jornadas no se produjo ningún incidente violento. Plummer y los suyos atendían las actividades que se le habían asignado en el plan de vuelo, que eran de escasa responsabilidad, pues la astronave poseía sofisticados servo-automatismos que permitían que el viaje se llevase a cabo sin necesidad de atención humana.

Sin embargo, era ostensible que aquellos siete hombres hacían el vacío a Roser. Apenas cambiaban con él las palabras imprescindibles y le evitaban con toda evidencia.

Por su parte, Bran apenas descansaba. Temiendo que cayeran sobre él a traición, se mantenía en vela noche tras, noche, dispuesto, al

menos, a ver venir la muerte cara a cara.

Y el ataque se produjo precisamente cuando se encontraba ya al límite de su resistencia, ocho jornadas después de abandonar la base *Ganímedes*- Uno .

Acababa de vencerle el sueño, cuando fue salvajemente despertado.

Una docena de puños caía sobre él sin misericordia, cuando consiguió incorporarse y rechazar a Ben Hammaz y a Harpov, los dos individuos que más ferozmente estaban ensañándose en él.

Tenía los labios y la nariz partidos y los ojos inflamados a golpes, cuando Iam Plummer penetró de improviso en la cabina.

—¡Quietos! —rugió, con energía.

Y Roser se vio libre por un instante de la acometida salvaje de aquellos individuos.

—Así que tú no estabas incluido en el complot... —murmuró, arrojando sangre de sus partidos labios al pronunciar las palabras.

—Desde luego que no —respondió Plummer—. Aunque confieso que tanto yo como mis compañeros tenemos motivos de rencor hacia ti.

El árabe Ben Hammaz, Baletti y el agresivo Harpov se abalanzaron nuevamente contra Roser, pero la autoridad que Plummer ejercía sobre ellos consiguió detenerlos.

—¡Vamos, calmaos ya! Creo que en este viaje todos necesitaremos de los demás. Olvidemos viejos rencores y trabajemos en común —propuso Plummer,

¿Era sincero o fingía?

Bran vio la mano que Plummer le tendía y finalmente la aceptó.

Porque tanto si Plummer simulaba una solidaridad que no sentía como si ocurría lo contrario, Roser seguiría manteniéndose alerta.

—En realidad, Roser, no pensamos llevar a cabo esa misión de investigación que nos ha sido encomendada por el viejo Vladikow y sus adláteres —dijo de pronto Plummer, espiando su reacción.

—¿Qué te propones?

—¡Volver, sencillamente volver! —respondió el cabecilla de los

rebeldes—. Fingiremos seguir adelante hasta que la *Inquirer*-015 esté fuera del alcance de los ingenios de seguimiento espacial que tiene Vladikow. Después, alteraremos el rumbo de la astronave y volveremos a Ganímedes. Espero que te unas a nosotros, Roser.

—Depende. Antes es preciso que conozca vuestros planes en todo su alcance —respondió Bran, cauteloso.

—¡Nuestros planes! —exclamó Iam Plummer, con énfasis—. Tú mismo te sentirás maravillado cuando los conozcas. Por ahora, confórmate con la seguridad de que no nos expondremos a morir en la desconocida Andrómeda.

—En ese caso, tampoco yo puedo comprometerme a secundar vuestros proyectos —respondió Roser con firmeza.

Plummer accedió a hablar con claridad, aunque a regañadientes.

Su objetivo era atacar la Base Ganímedes, asesinar a Vladikow y los miembros del Consejo, dominar la situación, los medios de ataque y defensa y la flota de vehículos espaciales de que disponía Vladikow.

—De las restantes personas, respetaremos a los que estén de acuerdo con nuestros fines. Los demás...

No lo expresó claramente, pero estaba muy claro que Plummer y sus secuaces parecían dispuestos a asesinar a cuantos se opusiesen a su tiranía.

Tras reflexionar sobre ello, Roser sonrió sin ganas.

—Jamás conseguirás lo que te propones, Iam —pronunció.

La expresión de Plummer varió. Sus ojos destellaron peligrosamente.

—¿Quiere decir eso que... tú vas a oponerte a mis planes? —exclamó.

—No será necesario. Porque jamás volveremos a Ganímedes.

Esta declaración, tan rotunda, provocó que los rebeldes cambiasen miradas llenas de inquietud entre sí.

—Sospecho que éste es un viaje sin retorno —añadió Roser—. O mucho me equivoco o los automatismos de la *Inquirer-015* están ajustados para llevarnos a Andrómeda, pero no para alterar su

singladura de ningún modo. Esa es nuestra verdadera condena: nos han arrojado de la sociedad, nos envían lejos de ella. Lo que consigamos de ahora en adelante, sólo depende de nosotros.

También Plummer se agitó, inquieto.

—¡Estás loco! Lo que Vladikow dijo, fue...

—Imagino que un postrer sentimiento misericordioso le impulsó a ocultarnos la verdad. Pero yo la sospeché desde el primer momento.

Cometimos unos crímenes horrendos y el castigo debía estar en proporción a la culpa —sentenció Bran Roser.

—¡Al diablo con tus sermones morales! —barbotó Rudolp Gritts—.

Por mi parte, no estoy dispuesto a acatar ninguna sentencia, podéis jurarlo.

Roser sonrió tristemente.

—Intentadlo. Procurad alterar la dirección de esta astronave. Por desgracia, no creo que lo consigáis —dijo.

Plummer salió de la cabina y los demás le siguieron.

También Bran fue en busca de ellos unos minutos después, tras haberse enjugado la sangre que aún manaba de sus labios.

Los halló en la amplia cámara destinada a los automatismos y sistemas de control y navegación.

El grupo parecía absolutamente desmoralizado.

—Tenías razón, Roser —dijo Gritts, con odio—. Los mecanismos están ajustados en una dirección determinada. Es imposible alterarlos.

Los rebeldes se miraron entre sí, demudados.

—Entonces... ¡estamos condenados a errar por el Universo hasta que nos llegue la muerte! —exclamó Ben Hammaz, con desesperación.

—Tal vez sea ésa la condena o quizá lleguemos a algún planeta donde podamos sobrevivir... ¡Quién lo sabe! —respondió Roser con una serenidad que contrastaba con las muestras de inquietud que daban los rebeldes.

—Si estos aparatos son los culpables de que la maldita astronave nos lleve hasta el confín del infierno, antes de que esto ocurra lo destruiré —aseguró Gritts con voz temblorosa.

33

V buscó una herramienta con la que poner en práctica lo que acababa de decir. .

—¡Cuidado, Gritts! —le gritó Iam Plummer—. Tú sabes muy bien que sin estos aparatos jamás llegaríamos a ningún sitio. Como Roser acaba de decir, tal vez haya aún una esperanza para nosotros.

Se volvió hacia Bran cuando logró calmar al irascible Gritts y le miró fríamente.

—Ojalá exista una oportunidad de salvación para nosotros, doctor Roser. Porque te juro que si no es así, antes de que nos llegue la última hora... te asesinaremos —advirtió.

Pero Roser se encogió de hombros y le dio la espalda.

CAPITULO V

El prisionero no lo recordaba ya, probablemente, pero al principio de su encierro había intentado pactar con sus captores de Xattrai.

Convencidos de que no conseguiría escapar del profundo encierro por sus propios medios, su astucia le aconsejó parlamentar.

Cuando los hombres de Xattrai cayeron sobre él en gran número, lograron reducirle y le arrastraron a la cárcava en el interior de una rústica jaula para animales.

Bran no llevaba ninguna arma encima de sí, pues sus intenciones eran pacificas: sólo trataba de entrar en relación amistosa con las gentes del enigmático planeta amarillento.

Lo único que llevaba sobre sí era un psico-intelector, un pequeño aparato que se había demostrado muy útil como traductor automático de lenguas habladas desconocidas. El aparato no estaba perfeccionado aún, pues las traducciones que realizaba eran muy esquemáticas y rudimentarias. Disponía de un fono-captor, un grabador y un ingenioso elemento que captaba la intensidad, la frecuencia y el tono de las frases y las traducía aproximadamente por escrito en una pequeña pantalla luminosa.

Bran esperaba que aquel aparatito le fuese muy útil y desde el primer momento en que atisbo a las gentes de Xattrai lo llevó consigo para el momento en que llegase juzgado el momento de aparecer ante los salvajes de la cárcava.

Desde el primer momento, sus captores le trataron con ferocidad y temor. Le habían dejado medio muerto después de apalearle salvajemente. Claro que cuando se produjo el ataque eran más de cincuenta. Luego, en solitario, procuraban siempre mantenerse lejos de

Bran, con supersticioso temor.

Gracias al psico-intelector. Bran logró comprender lo que las gentes de Xattrai hablaban entre si mientras arrastraban su jaula hacia aquella especie de ciudad de trogloditas situada en el talud rocoso.

—Es horriblemente feo —decía uno de los guerreros—. ¡Y se parece a uno de *Ellos!*

—Y parece muy peligroso —añadió otro—. Recordad cómo partió ambos brazos a Kosani. Estoy de acuerdo contigo. Txerec: yo diría que se trata de uno de *Ellos.*

Pero quiénes era *Ellos?*

Eso era lo que traducía el psico-intelector: *Ellos.* Pero la palabra era tan vaga que Bran no supo a quiénes se referían.

—Matémoste —propuso Txerec, sigiloso—. Después rociemos su cuerpo con betún y le prenderemos fuego hasta que sólo queden cenizas.

Naturalmente, Bran se sintió alarmado al conocer los propósitos del delgado Txerec.

Por fortuna. Pbusani —que debía tener alguna autoridad sobre el grupo —se opuso a sus compañeros.

—¡No! Antes tenemos que presentarlo ante el jefe Krognúu. Que él decida —decidió Pbusani—. Pero además es probable que haya más *Ellos* en el gran pájaro metálico. Ya sabéis que los *Innombrables* son más poderosos y podrían destruirnos, a nosotros y a nuestras mujeres e hijos.

Así que Bran había averiguado que los Ellos con los que se le comparaba eran seres innombrables. ¿Quizá seres llegados de otro planeta, de los que las gentes de Xattrai no guardaban sino temerosos recuerdos?

Al fin, la comitiva llegó a la impresionante ciudad de la cárcava.

Desde las plataformas superiores y desde las redondas entradas de las grutas, le contemplaban miles de seres humanos semejantes a Pbusani y a Txerec.

Había unas rudimentarias escalas que fueron descolgadas desde lo

alto. En cuanto a los trabajos para subir la pesada jaula donde habían metido a Roser, fueron tan laboriosos que les llevaron varias horas y fueron necesarios centenares de brazos que tirasen de las maromas.

Gran vio mujeres desnudas y chiquillos que corrían como simios por las elevadas y peligrosas veredas. Una masa de grandes y mayores rodeó la jaula. Le contemplaban como a un ser extraño y peligroso y vociferaban gritos que el psico-interlocutor traducía como horribles insultos y anatemas.

Seguidamente, arrastraron la jaula hacia la entrada de una enorme y espaciosa caverna, en cuyo interior se apilaban montones de grandes huesos.

Sobre una especie de grada elevada estaba el imponente Krognúu, el jefe. Se sentaba sobre una enorme piel de algún animal desconocido y su anchísimo y prominente abdomen se desbordaba en numerosos pliegues de grasa sobre sus piernas dobladas.

Era el más corpulento de todos los seres que Bran había visto en Xattrai hasta aquel momento, lo que le obligó a suponer que el cargo de jefe entre los salvajes estaba en proporción directa con el volumen y envergadura de la persona elegida.

El «trono» del enorme Krognúu estaba adornado con rudimentarias lanzas y venablos y unos extraños pero atractivos objetos de cristal azulado que fulgían con brillantes destellos a la luz de las teas colocadas en resquicios de la roca.

Bran escuchó el informe que con voz natural y un poco nasal hizo Pbusani ante su jefe, el cual escuchaba con profunda atención.

Pbusani vino a decir aproximadamente que, siguiendo las instrucciones del propio Krognúu, habían permanecido espiando durante largas horas al *Innombrable* —Roser supuso que se refería a él — y que al ver que se apartaba del «pájaro brillante» caído en un claro de la selva y que no llevaba armas visibles, habían caído sobre él cuando ya se encontraba a gran distancia del «pájaro brillante» —la *Inquirer*- 015, evidentemente— y no suponía un peligro considerable atacarle. (Naturalmente, Pbusani «adornó la proeza con grandes

gestos ampulosos y palabras elogiosas para sí mismo y los demás guerreros que habían participado en la escaramuza).

Mientras escuchaba todo esto. Bran advirtió la presencia de otra persona junto al jefe. Se trataba de una joven de extraordinaria pureza de facciones pequeños y redondos senos enhiestos y cuerpo esbelto y proporcionado. No la había visto hasta entonces, porque aquella muchacha permanecía materialmente tapada por el cuerpo de Krognúu hasta entonces.

Aunque de piel muy oscura, era una joven muy atractiva. No tenía los rasgos un tanto brutales de los demás aborígenes y sus ojos negros tenían un destello de inteligencia y bondad.

Txerec dijo a continuación que lo más aconsejable era sacrificar el Innombrable, en evitación de terribles males posteriores para los hombres y mujeres de la cárcava. E hizo una alusión un tanto vaga a algún suceso que había tenido lugar en Xattrai largo tiempo atrás Luego habló Krognúu. Tenía una voz profunda y vibrante que retumbaba bajo la bóveda de la gran caverna.

Hizo muchas preguntas a Pbusani y parecía ignorar deliberadamente los vivos gestos de Txerec, que dirigía furtivas y medrosas miradas al prisionero.

Lo que más parecía interesar a Krognúu eran los datos referentes al «pájaro brillante» y al número de *Innombrables* que se alojaban en el. Se diría que el jefe temía mucho las represalias de los compañeros de Roser.

Prudentemente, Krognúu no accedió a las repetidas insinuaciones de Txerec en el sentido de ejecutar rápidamente al prisionero e incinerar su cuerpo.

—Lleváoslo. Pbusani decidió finalmente el jefe— Tenlo bajo custodia Tomaré mi decisión respecto a él cuando hayamos comprobado la reacción de sus congéneres.

Como el impaciente Txerec estuviera a punto de interrumpirle.

Krognúu alzó enérgicamente una mano para acallarle.

—Aun no conocemos bien a los *Innombrables*, pero sabemos que son

poderosos y poseen armas terribles y misteriosas con las que podrían aniquilarnos. Tengamos paciencia. Observemos al gran «pájaro brillante» y después decidiré en consecuencia. Krognúu ha hablado — añadió con solemnidad.

Luego Bran se sintió arrastrando sin consideraciones fuera de la caverna —su jaula volcó aparatosamente y estuvo a punto de desencuadernarse— y llevado a lo largo de una plataforma a otra mas profunda pero de bajo techo, donde el hedor a orinas y excrementos era casi intolerable.

Transcurrieron varias jornadas, las gentes de Xattrai no alimentaban al prisionero, pero venían a contemplarle con una mezcla de miedo y curiosidad. Al cabo de los días, y al verle yaciendo inmóvil y abatido, debieron pensar que el *Innombrable* no era tan temible como decían. En consecuencia, fueron perdiéndole el respeto de tal forma que los niños llegaban a apedrearle, a molestarle con largas varas e incluso a orinar sobre él.

Poco después comenzaron a llamarle Tumk-Al-Gani-eff-Araka, lo que al parecer podría traducirse por «El Que-Habla-Por-La-Barriga».

Este apelativo se debía a que Bran llevaba colgado del cuello el psico-intelector, que descansaba sobre su vientre. En un desesperado intento por poder entenderse con aquellas gentes que estaban matándole de hambre, Roser grababa en el aparato algunas palabras de las que oía a los aborígenes, aunque él mismo reconocía que el extraño idioma gutural de las gentes de Xattrai no se le daba muy bien. Después de realizar aquel ejercicio de aprendizaje, Bran reprodujo la grabación para escuchar sus propias palabras. Como el aparato estaba oculto bajo sus ropas, los indígenas que le rodeaban casi continuamente, creyeron que hablaba por la barriga y le pusieron tan pintoresco nombre.

—Al menos, para ellos ya tengo un nombre —se dijo Bran, tristemente—. Dejarán de llamarme Innombrable, pero también me dejarán morir de hambre.

Cuando se sentía al límite de sus fuerzas, Bran logró reunir unas

cuantas palabras en el idioma de aquellas gentes y pidió a gritos que le diesen de comer y beber.

Los aborígenes demostraron una gran estupefacción, pues probablemente imaginaban que los *Innombrables* ni siquiera comían y bebían.

Varios de ellos salieron corriendo de la caverna y volvieron con Pbusani, al cual repitió Roser su petición.

Pbusani se mostró tan extrañado de aquella demanda como sus semejantes. Luego dejó escapar una larga y espasmódica carcajada, volvió a mirar al prisionero con asombro y pronunció unas palabras que el traductor automático interpretó como: —¡Nunca lo hubiera creído! ¡Al fin y al cabo, también los peligrosos *Ellos* necesitan alimentarse!

Tras lo cual, desapareció de la cueva y volvió poco después llevando un trozo de carne y una rústica vasija llena de agua, que introdujo con gran precaución a través de los gruesos troncos de la jaula.

Había perdido la cuenta de los días que había pasado en aquella cueva dentro de la jaula y se sentía sucio y maloliente, cuando volvieron muchos hombres y arrastraron la jaula hasta la caverna donde residía Krognúu.

«Tal vez me liberen. Han comprobado que soy como ellos y, además, inofensivo, según dicen», pensó, esperanzado.

Krognúu, tan orondo e impresionante como siempre, descendió pesadamente de su trono y se aproximó a la jaula en que mantenían cautivo a Roser.

—¿Puedes entenderme tú, al que llaman «El-Que-Habla-Por-La-Barriga?» —pronunció en voz alta, pero con lentitud.

Roser respondió vivamente:

—Sí —aunque en la lengua de las gentes de Xattrai.

—Entonces escucha lo que tengo que decir —añadió Krognúu con los dos brazos cruzados sobre el prominente vientre.

—Escucho —asintió el prisionero.

40

—Bien. Quiero que sepas que mi decisión es personal, pero me he dejado llevar también por los consejos de mi hija, Laxai, aquí presente.

El jefe se volvió hacia el trono de piedra y señaló con un ademán orgulloso a la bella joven aborigen que Bran había visto la primera vez que le llevaran a la residencia de Krognúu.

—Aunque muy joven, Laxai es prudente y sagaz —añadió el jefe—.

Ella opina que no debemos sacrificar al innombrable que habla por la barriga, pero yo creo que dejarle en libertad sería peligroso para nosotros, pues aún no sabemos si sus intenciones son perversas, aunque esto es lo que cree la mayoría de nosotros. Por tanto, he aquí mi palabra: mantendremos prisionero a esta criatura para siempre.

Se alzaron algunas protestas, pero Krognúu supo acallarlas inmediatamente con un perentorio ademán de su mano derecha.

—Mi decisión está tomada y es irreversible. Sé que no me arrepentiré. Llevad a «El-que Habla Por-La Barriga» a una prisión segura, donde será alimentado para que pueda seguir viviendo sin que suponga ningún peligro para nosotros —pronuncio el jefe, inapelablemente.

41

CAPITULO VI

Sí, había implorado torpemente en aquella ocasión.

Buscaba desesperadamente en su cerebro las palabras necesarias — de entre las pocas que conocía—, para explicar a aquellos hombres y mujeres que Bran Roser no suponía para ellos ningún peligro, sino una ayuda inestimable.

Quería explicar que sus compañeros no suponían ningún peligro para los indígenas de Krognúu, pero no encontraba las palabras precisas para hacerse entender. Desesperado, clavó su mirada en el rostro de Laxai, la cual demostraba un gran interés por sus torpes y desmañadas palabras.

Pero unos cuantos hombres tiraron de la jaula y le sacaron de allí.

Luego, en el exterior, le sujetaron con garfios que herían sus carnes y le sacaron de la jaula para atarle de pies y manos.

Uno de los hombres encontró casualmente el psico-intelector y se lo arrancó de un brusco manotazo.

El individuo, atónito, contempló aquel raro objeto, lo agitó y accidentalmente debió tocar algún resorte, pues inmediatamente se oyó la voz de Bran.

El hombre, pálido y asustado, dio un brinco y dejó caer el psico-intelector, que chocó contra el suelo rocoso y enmudeció.

Arrastraron al prisionero y a través de un largo túnel le llevaron a una caverna de regulares dimensiones, de la cual partían numerosos conductos subterráneos, a través de uno de los cuales Bran pudo oír claramente un estrépito semejante al que produciría una corriente de agua precipitándose con fuerza hacia algún oculto desagüe Vio un gran agujero en el suele, de unos dos metros de anchura, a través del cual le hicieron descender después.

42

Al fin, cortaron la soga y Bran cayó sobre el piso de la caverna que habría de servirle de encierro de allí en adelante.

No le habían atado muy fuerte: lo suficiente para sujetarle hasta dejarle en su prisión. Con los dientes, Bran desató las ligaduras de sus brazos sin gran dificultad y luego, ya con las manos libres, las de los pies.

Entonces gritó hasta enronquecer.

Suplicó, trató de explicarse e incluso amenazó, utilizando las pocas palabras que sabia del idioma de aquellas criaturas, a los que desde entonces llamarían siempre mentalmente «los de arriba».

Pero lo que hicieron fue arrojarle una rociada de orines y excrementos, costumbre que se repetiría cada vez que el prisionero se situaba bajo la chimenea para gritar sus protestas, peticiones o amenazas.

Así que había perdido toda esperanza de escapar y maldecía con toda su alma a aquellos salvajes que le habían condenado a tan espeluznante suerte.

Llegó a odiarlos tanto que sólo vivía para la venganza. Pero ésta también parecía tan lejana que Bran desesperaba de que un día pudiera tomarse la revancha.

Pero en realidad lo único que le mantenía vivo era aquella idea: la de la venganza.

En cuanto a sus compañeros de odisea...

*

Los había sorprendido en varias ocasiones hablando en voz baja y susurrante, conspirando.

Cuando captaban la presencia de Bran Roser, los rebeldes callaban y disimulaban.

—Traman algo contra mí —sospechó Bran.

Pero pensando con sensatez, ¿qué conseguirían asesinándole, si era

esto lo que pensaban hacer?

—Cometerían una estupidez: puedo serles muy útil. Me necesitan —razonaba.

De una cosa sí estaba seguro: en cuanto dejara de ser útil a Plummer y su pandilla le eliminarían sin remordimientos, pues era obvio que le odiaban.

La *Inquirer*- 015 estuvo viajando durante dos años y medio, según el cómputo de la Tierra.

Al atravesar el confín entre las dos galaxias, la astronave se estremeció tan violentamente que todos temieron que acabara por desintegrarse. Uno a uno, los tripulantes fueron perdiendo el conocimiento y cayeron al suelo, abatidos por la intensísima vibración que agitaba la astronave.

Roser fue el primero en volver en sí. Nunca logró establecer el tiempo que permaneció desvanecido: tanto pudieron ser segundos como horas e incluso días enteros.

Comprobó que los aparatos de medida habían sufrido intensas perturbaciones y que la *Inquirer*- 015 seguía ahora una trayectoria oblicua al itinerario que habían sido ajustados sus automatismos.

Presa la astronave de aquella rarísima vorágine —un fenómeno eléctrico, quizá—, el super-vehículo había salido despedido con gran potencia en dirección divergente a su punto de destino: el espacio vacío de astros de Andrómeda.

Este hecho llevó una pizca de esperanza al ánimo desmoralizado de los ocho hombres.

—La *Inquirer*-015 no se dirige ya hacia esa espectral zona oscura —comentó Roser a sus obligados compañeros de viaje—, sino hacia un área poblada por numerosos cuerpos celestes.

Inmediatamente, los rebeldes se animaron. ¡Todavía existía una posibilidad de escapar a su horrible destino de vagar para siempre a través del espacio insondable...!

A partir de allí, Bran Roser pasaba jornadas enteras enclaustrado en su laboratorio automático de análisis.

44

Escrutaba el espacio ante sí, realizaba miles de fotografías y estudiaba sin descanso las posibilidades de descender sobre alguno de los planetas que, día a día, se iban haciendo visibles al ojo mágico del telescopio electrónico.

Al cabo, pudo ver nítidamente en el objetivo aquel gran planeta luminoso al que «los de arriba» llamaban Xattrai.

Ávidamente, llevó a cabo algunas comprobaciones concretas: Xattrai era un planeta dotado de atmósfera, un cuerpo *vivo* en la inmensidad de la oscuridad eterna.

Aunque la distancia era excesiva, las observaciones de Roser parecían apuntar la posibilidad de que Xattrai fuera habitable.

Algunas zonas hablaban de vegetación y la distancia al potente sol del sistema auguraban una temporada óptima para la vida animal y vegetal.

A partir de aquel momento, a bordo de la astronave se desarrolló una actividad febril. Animados por la actitud de Roser, los rebeldes parecían animados por una intensa vehemencia. Todos querían saber, ayudar, participar.

—La *Inquirer*- 015 sigue una trayectoria tangente a ese planeta —anunció Roser—. Una línea tangente que nos permitirá descender sobre su superficie si, para cuando lleguemos allí, aún poseemos energía suficiente para desacelerar la marcha de la astronave.

—Pero ¿crees que podremos manipular en los mandos para llevar a cabo esa maniobra? —preguntó Plummer, nervioso.

Bran asintió.

—Sí. Lo he comprobado por mí mismo. Podemos utilizar los sistemas en las maniobras de descenso y desaceleración. Lo único que no podemos hacer es alterar el itinerario fijo, ajustado electrónicamente.

Esta afirmación de Roser animó las facciones del grupo de rebeldes.

—Entonces..., ¡estamos salvados! —exclamó Rocco Baletti, enardecido.

—Aún es pronto para echar las campanas al vuelo —le frenó

Roser—. Pero, sí, hay una posibilidad de que pisemos ese planeta.

Aunque debo advertiros: una vez la *Inquirer*- 015 haya descendido sobre ese planeta amarillento, nuestro super-vehículo no podrá ascender de nuevo. Lo que viene a significar que jamás podremos escapar de ese lugar.

Una profunda consternación se pintó en todos los rostros. Pero sólo fue un momento: considerando que era mejor disponer de un lugar en el que sobrevivir que vagar eternamente por el espacio, Iam Plummer fue el primero en exclamar.

—¡Y qué importa eso! Estábamos condenados a fenecer en cualquier punto ignorado de lo impenetrable y... ¡ahora disponemos de un planeta para nosotros!

Sus palabras aventaron la preocupación de los ánimos de sus camaradas.

Luego, Roser escuchó sus conversaciones, mantenidas a media voz.

Aún no habían llegado a Xattrai y ya estaban haciendo planes para fundar un imperio.

«Verdaderamente, la ambición de estos individuos no tiene límites», reflexionó Roser. Y se sintió preocupado, pues sospechaba que Plummer y los suyos no contaban con él para participar en las glorias de aquel ilusorio «imperio».

Entre tanto, la *Inquirer*- 015 se aproximaba inexorablemente a la órbita del planeta amarillo llamado Xattrai.

Roser permanecía en vela, dedicado a sus constantes mediciones y estudios cuando Xattrai apareció como una inmensa bola dorada a sus ojos.

Despertó a los que dormían y les aprestó a la maniobra.

—He detectado un fenómeno positivo —dijo a Plummer—. Ese planeta nos «chupa» materialmente, de modo que la energía necesaria para desacelerar la inercia de la astronave supondrá un gasto mínimo.

Ahora sólo nos queda pedir que tengamos suerte.

Plummer y los suyos se mostraron ansiosos, dominados por el frenesí.

46

—¿A qué esperamos? ¡Iniciemos la maniobra de desaceleración! —propusieron, impacientes.

Entre todos ellos, Roser era el único que conservaba la calma y —todo hay que decirlo—, una cierta postura escéptica.

—Cuidado —advirtió—. No se trata de un juego. Si cometemos el error, puede irnos en ello la vida.

Poco después, los desaceleradores entraron en acción para frenar el ímpetu de la *Inquirer*- 015 .

—Ojalá sigan funcionando hasta que la astronave se pose sobre tierra —deseó íntimamente Bran Roser, pues era consciente de que sólo te restaba un mínimo de energía.

La *lnquirer*- 015 aminoró su velocidad al situarse en órbita alrededor de Xattrai. Tras girar dos veces alrededor del planeta, el super-vehículo logró vencer la atracción del círculo orbital y comenzó a descender.

Algo empezó a fallar en aquel momento. A ochenta mil metros, la astronave descendía a velocidad excesiva.

«¡Los desaceleradores! —imaginó Roser—. Apenas disponen de energía ya.»

Pidió a gritos a Plummer que reactivasen el sistema hasta agotar al límite la energía y la *Inquirer*-015 desaceleró un poco.

La aerodinámica forma de la astronave permitía una especie de planeo muy oblicuo. A treinta mil metros de altitud, la atmósfera de Xattrai se iba espesando y el peligro de estrellarse violentamente contra el suelo se alejó.

Sin embargo, Rene Laronge no era muy experto como piloto, a juzgar por el agudo ángulo de incidencia respecto a tierra que seguía el super-vehículo.

—¡Descendemos demasiado aprisa! —advirtió Roser. Pero Laronge o no le escuchó o no le hizo caso.

Luego Roser vio las espesas masas vegetales que parecían ascender vertiginosamente hacia ellos, y se alarmó.

Diez segundos después se produjo la colisión. Fue un golpe

tremendo, una convulsión fortísima, que le mareó y le dejó inconsciente.

Cuando volvió en sí, escuchó un fuerte silbido y comprendió que se había producido alguna avería.

La *Inquirer*-015 estaba inmóvil. Alrededor del fuselaje del super-vehículo, la vegetación era tan alta y espesa que Roser no consiguió ver más que aquella masa verde, impenetrable, cuando observó el exterior a través de los aparatos ópticos de a bordo.

Plummer entró en el laboratorio, tambaleante.

—Gritts, Laronge y Baletti están muertos —anunció, con el rostro gris y desencajado—. Se resistieron a sujetarse con los arneses y se estrellaron contra los aparatos cuando se produjo la colisión.

Era cierto, según pudo comprobar Roser instantes más tarde.

Laronge se había roto el cráneo, Baletti tenía el pecho horriblemente hundido y Gritts se había fracturado el cuello. Los tres habían muerto instantáneamente.

De repente, Plummer comenzó a congestionarse.

—¿Qué... diablos... está... está ocurriendo? —barbotó, llevándose ambas manos al cuello.

En aquel momento, también Roser advirtió que le costaba gran esfuerzo respirar.

—¡Oxígeno! —gritó Plummer desesperadamente—. ¡Me falta...

oxígeno!

Roser se separó de él y caminó todo lo aprisa que pudo hacia las máquinas. Un momento después comprobó que el sistema de oxigenación y otros aparatos vitales estaban des trozados; aquél era el silbido que había escuchado en cuanto volvió en si.

Sus pulmones aspiraban ávidamente el aire carente de oxígeno.

También Roser estaba a punto de morir asfixiado, cuando, reaccionando inteligentemente despresurizó la astronave, abrió una compuerta y se arrojó al exterior.

Ya fuera, aspiró profundamente el rico oxígeno de Xattrai y respiró, jadeante, hasta que paulatinamente su torrente sanguíneo alcanzó la

oxigenación imprescindible.

Un momento después, ascendía de nuevo a la *Inquirer*- 015.

Plummer estaba en la cabina de navegación: yacía absolutamente inmóvil junto a los cadáveres de Laronge, Gritts y Baletti.

Lo tomó en sus brazos y lo sacó al exterior. Fue inútil: para entonces, Plummer había muerto asfixiado.

—¿Y los otros...? —murmuró para si Roser.

Corrió nuevamente al interior de la astronave y buscó a Márquez.

Harpov y Ben Hammaz.

Los encontró muertos en los mismos asientos que habían ido a ocupar poco antes de que la astronave descendiera sobre Xattrai.

Sus rostros, azulados, también denunciaban la causa de su muerte: la falta de oxígeno, provocada por la avería del sistema de ambientación interior.

Roser quedó anonadado por aquel descubrimiento.

Recordó que él mismo había planeado deshacerse uno a uno de los rebeldes en cuanto tuviera la seguridad de que ellos habían acordado deshacerse de él.

Había esbozado un plan frío y meticuloso para evitar la amenaza que pendía sobre él por causa de la ambición desordenada de aquellos individuos. Un plan inteligente y meditado que no podía fallar.

Entonces, Roser ni siquiera había previsto cuál sería su reacción personal cuando se hubiera deshecho del último de sus siete enemigos.

Pero ahora...

Ahora se sentía solo, espantosamente solo.

Solo en medio de un inmenso planeta desconocido, inexplorable y probablemente hostil.

¿Estaría habitado Xattrai?

Desde luego, las mediciones y estudios que había llevado a cabo en las últimas horas, auguraban la posibilidad de que existiera vida animal, cuando menos.

Pero ¿y las personas, sus semejantes, los seres inteligentes que

cualquier ser racial necesita para la convivencia?

Esa era la gran incógnita.

Si el planeta estaba deshabitado, Bran Roser habría encontrado inexorablemente la condena a que se había hecho acreedor por el asesinato de Paul Grandier.

CAPITULO VII

El prisionero permanecía postrado en tierra, inmóvil y silencioso.

Llevaba seis días sin ingerir alimento.

¿Qué ocurría allá arriba? Habían transcurrido largas jornadas desde la última vez que le arrojasen su pitanza. Luego, no había vuelto a oírse ningún rumor, ni siquiera aquel crujido que anunciaba que estaban retirando la gran losa que tapaba el conducto vertical que llevaba hasta la caverna prisión.

Había conservado los últimos bocados de carne durante varios días. Tenía que alargar hasta lo imposible los restos de su pitanza. Era un mecanismo que Bran ponía siempre en marcha cuando tardaban en hacerle llegar más comida. Pero finalmente, los víveres se terminaron.

Bran había roído hasta el último hueso e incluso buscó desesperadamente las raspas de pescado consumido largo tiempo atrás.

Luego se presentó de nuevo la terrible hambruna. El prisionero se sentía inquieto y se movía constantemente de un extremo a otro de su encierro.

A veces estallaba en un paroxismo de bestial violencia. Pero incluso estos ataques habían cedido ya. Roser se había convertido en un animal, pero aún el instinto de conservación que le decía: «Es estúpido gastar tus energías sin ningún fundamento.»

Y ahora evitaba el menor movimiento innecesario. En realidad, no se movía para otra cosa que para beber en el silencioso manantial del muro opuesto.

«Por fin, han decidido acabar conmigo. Será terrible: me dejarán morir de hambre», pensó.

Comenzó a adelgazar hasta quedar sin grasas. Día a día, iba

51

desfalleciendo, muriendo un poco.

Luego, de improviso, se oyó el crujido de la losa, allá arriba.

Impetuosamente, el prisionero se incorporó y corrió hacia la chimenea. Nunca solía ponerse debajo, pues «los de arriba» eran demasiado crueles y solían «regalarle» con una rociada de orines y excrementos, pero esta vez el hambre le forzó a olvidar todas sus precauciones.

Esperanzado, aguardaba a que le arrojaran la comida. Pero la pitanza no llegó.

Se oía un rumor...

—Agua. Es agua que se desliza por las paredes de la chimenea —dedujo.

Aunque esperó allí largo tiempo, volvió luego a postrarse, pues la comida no llegaba. El agua sí: seguía cayendo abundantemente a través de la chimenea.

Al principio, el prisionero no le dio ninguna importancia. Ni siquiera pensó a qué se debía tal cosa. Pero luego, cuando el caudal aumentó y siguió cayendo con gran estrépito, se alzó del suelo, inquieto.

Al tacto, comprobó que el arroyo corría por el fondo de la caverna e iba precipitarse a aquella estrecha hendidura que absorbía las aguas del manantial.

La grieta era suficiente para desaguar el hilillo líquido del manantial, pero no recoger el gran chorro de agua que caía ahora de las alturas.

Pronto, el agua invadió todo el fondo de la caverna y el nivel comenzó a subir hasta llegar a las rodillas del cautivo.

—Quizá «los de arriba» no se sienten satisfechos con matarme de hambre y por eso pretenden ahogarme —se dijo.

Chapoteó y ascendió hasta el punto más elevado de la gruta, una plataforma sobre la que se detuvo chorreante.

Una hora más tarde, el nivel de las aguas llegó a la plataforma.

Pero el prisionero no estaba dispuesto a morir. Sabía nadar muy

bien y se mantendría a flote hasta el último momento.

Tres horas después, la gruta estaba llena de agua y el nivel comenzaba a ascender por la chimenea, donde Bran intentaba sustentarse a la desesperada.

Arriba brillaba una luz parpadeante, pero excesivamente cruel para los ojos, del prisionero, que había permanecido en las tinieblas durante toda una eternidad.

Parpadeó, deslumbrado y rabioso.

El chorro de agua caía sobre él, implacable. A veces se sentía asfixiar, perdía el control de sí mismo y se zambullía profundamente en las espumeantes aguas.

Pero volvía a emerger, trataba de sustentarse en las resbaladizas paredes, evitaba el gran chorro de agua y flotaba por unos momentos en la superficie de aquel pozo... para volver a sumergirse de nuevo empujado por algo que no podía ver.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo?

Lo comprobó cuando minutos después logró ascender y aspirar una bocanada de aire.

El pozo se estaba llenando rápidamente y su nivel ascendía sin cesar. Desde arriba, los trogloditas le empujaban cruelmente con largos palos, cuyas puntas se clavaban sañudamente en sus hombros.

Era evidente que se proponían matarle, de una u otra manera.

Finalmente, se sintió tan cansado que apenas fue capaz de flotar.

Recibió un golpe tremendo y la oscuridad total se hizo alrededor de él.

*

Hasta la gran caverna de Krognúu, llegaban, lejanos, los impresionantes ayes.

Krognúu se sentía atormentado, parque aquellos gemidos llevaban oyéndose ya más de veinte días

Los espíritus de los *Innombrables* habían encolerizado y el mal había

caído como una centella sobre el klan de los cavernícolas de Xattrai.

La población sujeta al mandado del jefe Krognúu había disminuido un tercio a lo largo de las últimas jornadas.

Y al paso que progresaba la enfermedad, pronto todos los cavernícolas de la cárcava sucumbirían.

Se trataba de un mal desconocido en Xattrai. Por lo general, los naturales sufrían algunas plagas a lo largo de sus vidas, pero se trataba de epidemias benignas que ellos mismos sabían curarse con hierbas y remedios fabricados por Kraal, el brujo.

La enfermedad era infecciosa, epidémica. Atacaba a las vías respiratorias, en unos casos, y a la piel, en otros.

Pero los que sufrían de las vías respiratorias eran los que primero morían, aunque el aspecto de los demás fuera repelente: cubierta la piel de pápilas supurantes, emanaban un hedor insoportable, que impregnaba ya el aire siempre puro de la cárcava.

De todas partes surgían ayes lastimeros, gritos desesperados, exclamaciones de los aquejados que pedían ayuda inútilmente.

Kraal, que lo sabía todo sobre las enfermedades —eso pensaba Krognúu, al menos—, se veía impotente ahora para atajar el mal.

Todo lo que se le había ocurrido eran medidas de una gran crueldad, aunque imprescindibles, si se pretendía que el mal no exterminase a toda la población cavernaria.

Cuando Kraal advertía que un individuo —hombre, mujer o niño, sin discriminación— estaba contaminando, enviaba a un grupo de sus musculosos esbirros para apartar al infectado.

Acosándole con sus aguzadas lanzas de punta de piedra, aquella tropilla impulsaba al pobre diablo lejos de la población y le arrojaba a una sima profunda, donde perecía junto con otros miserables enfermos…, si es que no se descalabraba al precipitarse al fondo de aquel pozo de lisas paredes, del que era imposible salir.

El jefe Krognúu sabía que el culpable de todo lo sucedido era precisamente Kraal. Y si no lo había hecho matar era, simplemente, porque le temía y le necesitaba.

54

Tiempo atrás, el brujo había solicitado observar la «palabra mágica»

que guardaba Laxai, la hija del jefe.

Krognúu no había puesto ningún impedimento a que Kraal examinase aquel extraño objeto, que el jefe considerable maléfico, cosa de brujería.

Durante largo tiempo, Krognúu había hecho que sus mejores guerreros vigilasen el «gran pájaro brillante» que había caído en medio de la selva poco antes de que «El-Que-Habla-Por-La-Barriga»

fuera aprehendido.

La paciente observación convenció a Krognúu de que —aparentemente— no existían seres vivos en el interior del «pájaro»

metálico. Poco a poco, todos fueron convenciéndose de que aquel extraño y majestuoso objeto no suponía ningún peligro para ellos.

Pero Kraal había estado mirando y remirando, manoseando muy inquieto aquel objeto que llamaban «palabra mágica» y que podía reproducir, misteriosamente, la voz del *Innombrable* que llevaba largos años prisionero en una profunda caverna.

Kraal se había sentido admirado. ¿Cuántos otros objetos inestimables guardaría en sus entrañas el «pájaro brillante»?

Todos sentían temor de aquel parlanchín. Todos menos Kraal, cuyos ojos brillaban codiciosos cada vez que escuchaba la voz del *Innombrable* en el pequeño aparato.

Al cabo, seleccionó a algunos hombres, al mando de los cuales estaba Txerec, ávido también de explorar la *Inquirer*- 015, en la que esperaba encontrar objetos maravillosos.

Pero Kraal no quiso exponerse en persona. Envió a Txerec al mando de aquel grupo de hombres, con el encargo de penetrar en el «pájaro brillante» y volver con cuantas cosas pudieran cargar.

Txerec y los suyos penetraron en la astronave y contemplaron, desconcertados, cuanto encontraron a su paso. Hallaron algunos objetos menudos, pero los que más llamaron su atención estaban firmemente sujetos al piso y a las paredes de la astronave y les fue imposible arrancarlos por la fuerza bruta.

55

A los pocos días, Nee, uno de los exploradores, tenía su cuerpo cubierto de pústulas hediondas. Poco después, murió en medio de horribles sufrimientos.

Kraal relacionó inmediatamente la muerte de Nee con la exploración del «pájaro brillante», dentro del cual Txerec y sus hombres habían encontrado los cadáveres de siete seres semejantes a «El-Que-Habla-Por-La-Barriga».

Según relató Txerec, para arrancar el raro objeto brillante que uno de los *Innombrables* llevaba alrededor de la muñeca, Nee no había vaciado en tronchar aquel brazo corrupto. Inmediatamente, surgió un olor nauseabundo, mefítico.

Nee se sintió enfermo esa misma tarde. Su piel apestaba y nadie quiso acercarse a él cuando comenzó a quejarse dentro de su vivienda.

Por desgracia, antes de morir en medio de espantosos padecimientos, Nee infectó a toda su familia, cuyos miembros, a su vez, contagiaron a numerosas personas, posteriormente.

Y así, Krognúu había llegado a entender que el mal provenía del «pájaro brillante» y prohibió terminantemente que ninguno de los trogloditas se acercase a él. De hecho, incluso dio orden de que prendiesen fuego a la floresta para que el «pájaro» quedase achicharrado, de forma que el mal, si era meramente físico, desapareciera por la acción del fuego. —Aunque Krognúu se inclinaba a pensar que la calamidad se debía a la venganza de los espíritus *Innombrables*—.

Pero la selva era muy verde y húmeda allí y el fuego se apagaba a los pocos instantes, de modo que finalmente optaron por abandonar aquel lugar para no volver a frecuentarlo jamás.

El mal se había extendido a lo largo de las últimas jornadas, con tanta rapidez que incluso la tropilla encargada de alejar a los contaminados había sucumbido ante la enfermedad.

Y así, Krognúu no contaba ya con aquel cuerpo de fuerza. Los infectados permanecían en sus cuevas e iban empeorando rápidamente hasta que morían, tras una breve pero acongojante

agonía.

Los hombres no iban de caza y esto agudizaba la crisis, pues sin alimentos frescos y abundantes, la calamitosa situación se volvió insostenible.

Durante día y noche, Krognúu, que era benévolo a pesar de su talante enérgico e indomable, se desesperaba al escuchar aquellos ayes agónicos que no se interrumpían ni un momento a lo largo del día.

Krognúu temía la suerte de sus súbditos, pero sobre todo le inquietaba ver morir a su única hija cuando la atacase la implacable plaga.

Porque a aquellas alturas parecía evidente que todos sucumbirían.

Krognúu llevaba varios días sin dormir, rogando a los espíritus benévolos para que terminase aquel azote inmisericorde.

Desde varios días atrás, el jefe mantenía encerrada a Laxai, en un desesperado intento de mantenerla lejos de la contaminación.

No le permitía salir de la caverna y la vigilaba constantemente, celoso de salvar su vida hasta el último momento.

Aquella noche, cuando Krognúu velaba, su hija apareció silenciosamente ante él.

—¿No duermes, hija?

—¿Cómo quieres que concilie el sueño oyendo continuamente esas quejas, padre? —respondió su hija, conturbada.

—Tienes razón, es espantoso —asintió el jefe con los ojos mortecinos—. Pero no tenemos ningún remedio, ninguna solución al terrible mal.

—Quizá lo haya —respondió Laxai, enigmática.

Krognúu escrutó las facciones de su hija.

—Estás equivocada, hija mía. Pero adivino que tienes algo que decirme. Habla, pues —la animó.

—Bien. Como todos sabemos, los *Innombrables* son superiores a nosotros. Pueden atravesar el cielo en sus «pájaros brillantes» y pueden matar con sus fulminantes rayos, como describen nuestras leyendas. Pues bien, he reflexionado sobre ello y he llegado a la

conclusión de que si son poderosos para matar y destruir, deben serlo igualmente contra las enfermedades y otras calamidades —dijo Laxa; Krognúu movía afirmativamente !a cabeza, maravillado.

—Nosotros tenemos a uno de ellos prisionero. Y pienso que él podría ayudarnos.

—¿«El-Que-Habla-Por-La-Barriga»? —exclamó Krognúu.

—Sí.

—Estás en un error, hija. El *Innombrable* cautivo debe haber muerto ya. O quizá se haya vuelto loco, lo cual vendría a ser lo mismo — comentó Krognúu.

—Está vivo y bien vivo. Siempre he procurado estar bien informada acerca de *él.* Incluso, en ocasiones, me he sentido impulsada a forzar su libertad, aunque sé que esta confesión te enfurecerá. Imagino que la pobre criatura debe sufrir horriblemente en su solitario encierro... ¡Lo sé, lo sé! —se apresuró a afirmar, al ver que las facciones de su padre se fruncían—. Era peligroso para nosotros, o eso creíamos. Pero ahora, él puede ser nuestra salvación.

Krognúu caviló durante unos instantes.

—Vuelves a caer en el error, hija. Aunque el *Innombrable* pudiera ayudarnos, de ninguna forma lo haría voluntariamente. El nos odia. Es un ser violento y salvaje —arguyó el jefe.

En los oscuros ojos de Laxai hubo un destello de inteligencia.

—Quizá quiera ayudarnos... a cambio de su libertad —sugirió.

—¿Soltarlo? ¡De ninguna forma! Podría destruirnos a todos — exclamó Krognúu, furioso.

—¿Y qué importa, padre? Estamos abocados a morir, de todas formas. ¿No es más aconsejable que lo intentemos todo antes de que nos llegue la muerte? —preguntó Laxai, contundentemente lógica.

Krognúu comprendió que su hija se expresaba con toda la lucidez del mundo.

—Bien, lo intentaremos, si quieres. Pero es preciso tomar precauciones., El prisionero es fuerte, salvaje, poderoso... Plasta ahora, sólo un insensato osó descender a su prisión y escapó milagrosamente

de entre sus garras.

—Hablaré con Pbusani. El es inteligente y sensato. Encontrará un medio para sacar al *Innombrable* de su encierro sin peligro para ninguno de nosotros. Confía en mí, padre —rogó Laxai.

Y abandonó la cueva.

Krognúu movió la cabeza con escepticismo.

Fuera de la caverna, los moribundos seguían gritando sus ayes.

«Dudo que consigamos salvarnos —pensó el jefe, con tristeza—.

Toda la aldea está contaminada, las viviendas, ropas, armas, herramientas y enseres. Nada podrá detener el mal, que avanza inconteniblemente... No lo temo por mí, que soy viejo y he vivido mi vida.»

Inquieto, irguió su poderosa humanidad y descendió del trono.

Tras lo cual paseó impaciente a lo largo de la espaciosa oquedad.

—Si Laxai llega a contaminarse, la sacrificaré antes de escuchar sus gritos de agonía —decidió.

Después, Krognúu pensaba arrojarse de cabeza al vacío desde lo alto del acantilado.

CAPITULO VIII

Bran volvió lentamente a la consciencia.

Instintivamente abrió los párpados, pero volvió a cerrarlos en seguida, a pesar de que la caverna permanecía en amable semipenumbra.

Luego, despacio, entreabrió de nuevo los párpados, con cuidado.

Y comprendió que estaba vivo y le habían sacado de su encierro para depositarle en una cueva limpia, amplia y bien aireada.

Su cerebro, torpe, no sabía asimilar la nueva situación.

—¿Por qué, por qué...? —murmuró.

Una sombra se movió y avanzó hacia él.

El prisionero se agitó como un animal, gruñó e intentó acometer a la mujer que había estado vigilándole desde el ángulo donde se espesaban las tinieblas.

Por fortuna, le habían atado como a una morcilla y aunque rechinó los dientes y forcejeó nada pudo hacer para incorporarse y agredir a aquella mujer, la cual retrocedió asustada y salió.

—¡Laxai, Laxai! ¡El *Innombrable* acaba de despertar.!

Minutos después, dos siluetas aparecieron al margen de la alta cortina de pieles que protegía de la luz fuerte el interior de la caverna.

El prisionero se agitaba y gruñía como un animal feroz, pero Laxai avanzó unos pasos sin demostrar temor.

Habló algo, que el prisionero no supo interpretar. Pero sí vio como la bellísima joven indígena se arrodillaba y le tendía algo, que finalmente puso sobre el velludo pecho del extranjero.

Aunque mantenía los puños entornados y parpadeaba constantemente, herido por la luz suave que llegaba hasta él, Bran reconoció aquel objeto... ¡Era su psico-intelector!

60

La muchacha pretendía que él pudiera entenderle, era evidente.

Pero el prisionero seguía agitándose y rugiendo como una fiera, por lo que finalmente Laxai y su amiga Maiyáa desaparecieron.

Laxai volvió después, puso comida a su alcance y aflojó las ligaduras lo suficiente para que él pudiera comer y beber.

Volvió numerosas veces a visitarle a lo largo de los tres días siguientes. Para entonces, Bran había conseguido acomodar su visión a la luz. Sus ojos se iban adaptando progresivamente al resplandor, pues Laxai, prudente, iba retirando un poco la cortina cada día.

Ella se sentaba a distancia respetable, se colocaba de forma adecuada su estricto taparrabos formado por hileras de piedras azules y le observaba en silencio. Cuando él hacía un gesto determinado, Laxai le ponía en pie y le acercaba la comida y el agua.

El prisionero había comprobado que alguien había cubierto pudorosamente sus genitales con una especie de taparrabos de fibra.

¿Por qué tantas consideraciones, después de haberle convertido en un animal a lo largo de años...?

Bran tenía en su poder el psico-selector, que funcionaba perfectamente a pesar del tiempo transcurrido.

Pulsó una tecla y gruñó:

—¿Por qué diablos me habéis sacado de la mazmorra? ¿Es que pensáis devorarme crudo? Sería estúpido: mi carne es demasiado dura y correosa, aunque vosotros tengáis una magnífica dentadura.

Rió largamente al advertir el asombro y el desconcierto en las facciones de la muchacha. Naturalmente, ella no entendió una sola palabra, pues Roser se había expresado en inglés.

Pero a continuación ella dijo:

—Te necesitamos, *Innombrable.*

—¿Por qué no me llamas «El-Que-Habla-Por-La-Barriga»? —barbotó él, violento. Pero se apresuró a escuchar las siguientes palabras de Laxai, que veía, traducidas, en la pequeña pantalla luminosa del psico-intelector.

—Te necesitamos desesperadamente, *Innombrable.* Una gran

calamidad...

—¡Bran, Bran, Bran! ¡Me llamo Bran! —rugió él, rabioso.

Trató de recordar las pocas palabras que sabía del idioma de las gentes de Xattrai compuso torpemente una frase y murmuró: —Bran. B-r-a-n. Nombre mío.

Un destello de inteligencia brilló en los rasgados ojos de Laxai.

—Quieres que te llame Bran. Pues bien, déjame que hable, Bran. Te necesitamos, Bran. Urgentemente. Una gran calamidad está exterminando a los míos. Tú eres poderoso. Lo dice la historia de mi klan, está en las leyendas que los viejos nos enseñaron. Tú puedes ayudarnos, estoy segura.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué habría de hacerlo? Yo no os hice el menor daño, pero vosotros me cazasteis como a un animal peligroso y me condenasteis a prisión de por vida. ¿Por qué habría de ayudaros ahora? Os odio a muerte, pequeña diosa de ébano. Te mataría ahora mismo, si tuviera mis manos libres —pronunció, rencoroso.

Pero ella, que no le entendía, siguió explicándole lo que había ocurrido. La curiosidad y la ambición de Kraal y Txerec, la contaminación de Nee, la mortandad que afligía a sus semejantes, la amenaza de muerte que pendía sobre todos ellos, que fenecerían inexorablemente si no se producía un milagro.

Roser dejó escapar una carcajada brutal.

—Y tú piensas que el hacedor de milagros soy yo, ¿no es eso? ¿Cómo te llamas? Quiero decir: *¿wark-güe-is-lantza?*

—Laxai —respondió ella con dulzura—. Me llamo Laxai. Mi padre es el jefe Krognúu.

—Ya. El hipopótamo cebado que me condenó a muerte...

Como si hubiera entendido sus palabras —cosa imposible—, Laxai continuó:

—Mi padre es un hombre justo. Nosotros tenemos dolorosas experiencias de otros encuentros con los *Innombrables* que vinieron a Xattrai. Venían a buscar gemas, que abundan en nuestro planeta, pero nos masacraban desde el cielo impunemente, sin permitirnos

defendernos. Disparaban sus «rayos de fuego» y diezmaban nuestras aldeas y poblados. Por eso, cuando vimos caer el «pájaro brillante», Krognúu se aterró. Luego te atraparon. Todos te temíamos como a un diablo, tienes que comprenderlo, Bran. Para nosotros, los extranjeros de rubios cabellos no eran sino seres malignos, aunque superiores...

—Una especie de dioses, ¿es eso? —gruñó Roser.

—Nuestra defensa consistía en eliminaros antes... antes de que vosotros terminarais con todos nosotros, ésa es la verdad.

Bran parpadeó, asombrado.

—Entonces, ¿por qué no me matasteis a mí? —quiso saber.

Laxai bajó la mirada.

—Yo intercedí ante mi padre, porque aborrezco la muerte y los sacrificios cruentos. Para conseguir salvar tu vida, convencí a Krognúu de que tus semejantes asolarían nuestra aldea de la cárcava si te exterminábamos a ti. Pero mi padre no podía dejarte libre, porque en Xattrai se teme a los *Innombrables* tanto como se les odia. Por eso adoptó una decisión intermedia: la prisión.

Roser reflexionó sobre estas palabras.

—Así es que me teníais por una especie de diablo, por un ser perverso, pero todopoderoso... —pronunció, con sangrienta y hostil ironía.

Pero como Laxai no le entendió, la muchacha prosiguió: —Comprendo que te muestres violento y hostil, y que sólo pienses en la venganza. ¿Podría apaciguarse tu ira con el sacrificio de una sola victima?

Roser jadeó.

¿Una sola víctima? No, probablemente no se detendría cuando comenzase a matar, si alguna vez le dejaban libre.

Vio, asombrado, cómo Laxai sacaba un cuchillo de sílex y comenzaba a cortar decididamente las cuerdas que le inmovilizaban.

Cuando hubo terminado y Roser se libró de las ligaduras, ella le ofreció el cuchillo, inclinó la cerviz y humildemente dijo: —Sacrifica a Laxai, pero salva a mi padre y a los demás.

63

Roser palideció.

Su mano derecha, enorme y nervuda, había agarrado el cuchillo con decisión. Pero al escuchar las sencillas palabras de Laxai, los dedos se aflojaron y el cuchillo cayó sobre la piel leonada sobre la que le habían depositado.

—¿A ti? ¿Por qué a ti precisamente? ¡Eres la única que ha demostrado un poco de misericordia para conmigo! —exclamó.

Pero ella continuaba allí, arrodillada, e inclinada la cabeza sobre el pecho, dispuesta a recibir el golpe mortal.

El hombre suspiró profundamente.

Luego movió una de sus rudas manos, tomó la barbilla de Laxai y la alzó con delicadeza.

—No puedo asesinarte, Laxai..., ¡no puedo! Creí que me había convertido en un ser brutal, en una fiera sangrienta sedienta de venganza, pero mucho me temo que no lo haya conseguido —dijo.

Ella le miraba con anhelante ansiedad, como si se esforzase en entender al extranjero.

Finalmente, Bran se rascó la pelambrera, se mordió los labios y murmuró:

— *Ia-tengah-eff-Laxai.*

Ella le miró, asombrada.

—¿Por qué no, porque no quieres matarme? ¿Acaso necesitas más víctimas? —preguntó.

El hombre se incorporó y se puso en pie, tambaleante. Ella le miraba hacer entre asustada y llena de esperanza.

Ahora, admirándole en toda su estatura y corpulencia, Laxai comprendió que él podría matarla con una sola mano, pues poseía una fortaleza de cíclope. Pero el *Innombrable* no demostró fiereza, no parecía hostil, sino desconcertado.

¿Qué era lo que pensaba en aquellos momentos Bran Roser?

¿Recordaba quizá los largos años de prisión, la soledad de la caverna, el horror de las tinieblas...?

Quizá todo eso pasaba en aquel instante por su mente, a juzgar por

el rictus concentrado de sus facciones.

Súbitamente, el gigante atenazó por un brazo a la joven.

—Mi sed de venganza sólo se sentiría saciada si os exterminase a todos —la miraba fijamente e intercalaba vocablos en la lengua de Xattrai para hacerse entender por la hija de Krognúu—. Pero no soy capaz de matarte a ti, Laxai. Respetar tu vida e inmolar las de los demás sólo sería una absurda injusticia. Y de exterminaros a todos, como deseé fervientemente durante tanto tiempo, otra vez volvería a la espantosa soledad...

Los gruesos labios de Laxai se entreabrieron en un rictus de ansiedad.

—¿Nos has... perdonado? —murmuró, ávida.

—¿Perdonaros? ¡Sois un hatajo de bestias que no merecen perdón!

Bueno...- todos excepto tú, Laxai, que has sabido comportarte como un ser racional.

—¿Qué piensas hacer, Bran? —preguntó ella, alarmada por aquel violento estallido de cólera.

—No lo sé, ¡te juro que no lo sé!

Se dejó caer sobre la suave piel que le había servido de lecho y desde allí miró a la joven, que había vuelto a arrodillarse a su lado, y aguardaba confiadamente, en silencio.

—¿Quieres traerme algo de comida? —preguntó de improviso. Ella no le entendió y Roser pronunció algunas palabras guturales—. Un poco de carne, pero ¡por amor de Dios, ponla un poco al fuego!

Laxai parecía muy sorprendida de este capricho, pero finalmente salió a la entrada de la caverna y llamó a gritos a Maiyáa.

Media hora después, Roser devoraba un enorme pernil de antílope un tanto chamuscado y lleno de ceniza.

Bebió un cuenco de agua fresca, y colgó el psico-intelector de su cuello. Luego se puso en pie y pronunció una maldición entre dientes cuando el taparrabos se le escurrió y quedó completamente desnudo.

Pero ni Maiyáa ni Laxai demostraron la menor sorpresa y siguieron mirándole con curiosidad, pero sin asombro.

65

Roser tomó aquel objeto de fibra vegetal, se lo ató convenientemente a la cintura, miró a Laxai y dijo: —Vamos. Llévame ante tu padre.

Aunque ella no entendía el idioma de los *Innombrables,* el gesto de Bran era tan expresivo y enérgico, que Laxai se apresuró a guiarle.

Al salir, la fuerte luz del sol, aunque cernida por las nubes amarillentas de la atmósfera de Xattrai, le cegó de modo que tuvo que cubrirse los ojos con las manos para impedir el deslumbramiento de los primeros momentos.

Laxai le había tomado por una mano y le guiaba a lo largo de la elevada y peligrosa plataforma que unía unas cavernas con otras.

A través de la rendija entre sus dedos, Roser vio a algunas personas que se asomaban a las bocas de sus cuevas.

La mayoría volvían apresuradamente adentro al verle y un niño que se cruzó con ellos exhaló un grito y salió corriendo, despavorido.

CAPITULO IX

Finalmente, Krognúu consiguió dominar su pánico. Empujado por Laxai, abandonó la seguridad de su trono, descendió los toscos peldaños tallados en la roca y se aproximó al *Innombrable,* aunque no se sentía muy seguro sobre sus piernas.

—Le aseguro que no voy a morderle —masculló Roser, disgustado por aquellas muestras de temor.

Laxai explicó a su padre que el *Innombrable* estaba dispuesto a parlamentar y que, de momento, no abrigaba intenciones hostiles.

—Prefiere que le llamemos Bran, que es su nombre, según me ha explicado —añadió la joven.

—Bran, Bran. Bran... —murmuró el jefe, como si le costase un enorme esfuerzo memorizar el monosílabo.

—El apenas habla nuestra lengua —siguió Laxai—, pero entiende perfectamente lo que decimos gracias a esa cajita a la que llamamos «palabra mágica».

Krognúu hizo unas muecas exageradas, mostrando un indescriptible asombro por lo que su hija acababa de asegurar.

De todas formas, y aunque iba tomando confianza, Krognúu se mantenía a distancia respetable del gigantesco *Innombrable.*

Roser pronunció unas palabras, pero el jefe no comprendió y Laxai hubo de hacer el papel de intérprete, pues comenzaba a comprender al extranjero gracias a sus expresivos gestos.

—Bran tiene interés en observar a uno de nuestros enfermos —dijo.

Krognúu asintió vivamente, pero su ancho rostro reflejó un pánico sin límites cuando Bran le hizo entender que deseaba que el jefe les acompañase.

—Si no quiere venir, todos morirán —sentenció Roser, inflexible—.

67

No haré nada por ayudarles.

Krognúu hizo unos aspavientos y pronunció: —No comprendo que mi presencia entre los contaminados sea tan decisiva. ¿Qué puedo hacer yo allí, sino contaminarme? ¿No entiendes tú de esas cosas, de las enfermedades y de las plagas?

—Naturalmente, puesto que soy doctor en Medicina —respondió, ante la hierática expresión del jefe—. Tu presencia, jefe Krognúu, sólo significa mi salvaguarda. He visto a alguno de los tuyos. Me temen, sí, pero también me odian. No me gustaría que me asesinasen por la espalda.

Costó mucho hacer comprender esto al padre de Laxai, pero finalmente una sonrisa iluminó sus facciones cuando la joven le hizo entender las razones que tenía Roser para demandar su compañía.

Abandonaron la gran caverna del jefe y descendieron por una estrecha y peligrosa trocha. Incluso el obeso Krognúu caminaba con soltura al borde del precipicio, pero Roser avanzaba inseguro y temeroso de resbalar y precipitarse hacia el pavoroso abismo que había a sus pies.

Llegaron ante una angosta boca abierta en la roca. Era la vivienda de Pbusani, cuya esposa se había puesto enferma el día anterior.

Según supo por boca de Laxai, todos los hijos de Pbusani habían muerto ya —siete en total, de diversas edades— y el guerrero se había separado de su mujer, espantado y atormentado, y había ido a vivir a una cueva alejada situada a gran distancia, en las alturas del imponente risco de más de novecientos metros en cuya base estaba asentada la aldea troglodita.

—Wara es la última persona que enfermó —dijo Laxai—. Quizá esto impida que te contamines, si la tocas, Bran.

Roser no dijo nada, pero en su fuero interior agradeció aquella delicadeza por parte de la muchacha.

A la entrada había fuego encendido. Maiyáa, que parecía haber perdido todo el miedo al *Innombrable,* encendió una tea y descendieron hasta el fondo de la caverna, de donde llegaban los débiles gemidos de

un ser humano.

Hallaron a Wara recostada sobre unas pieles. La mujer hedía literalmente, de modo que todos tuvieron que taparse la nariz para soportar el fétido olor.

Roser se inclinó sobre la pobre mujer y la examinó. Su cuerpo estaba cubierto de horribles bubones que segregaban un humor pastoso y nauseabundo. Se debatía en escalofríos y se quejaba monótona y continuamente.

Preguntó por su marido, pero nadie respondió a esta pregunta.

Al cabo. Roser retrocedió hacia el aire libre. Pálido y desencajado, aspiró con deleite.

—¡Peste! —murmuró—. Esa mujer está infestada de peste bubónica o algo que se le parece mucho.

Abandonaron inmediatamente el lugar y volvieron a la caverna de Krognúu. Ya allí, el jefe, su hija y Maiyáa escrutaron sus facciones con ansiedad.

—Es una enfermedad peligrosa, epidémica —explicó Bran como pudo—. Es preciso tomar rápidamente algunas precauciones.

—Habla. Estamos dispuestos a obedecer tus instrucciones —afirmó Laxai.

—Lo más urgente es evacuar esta cárcava y buscar un nuevo lugar donde vivir, para las personas sanas. Tendrán que bañarse y someterse a desinfección...

Oyéndole hablar, el jefe Krognúu hacía grandes espavientos.

¡Bañarse! ¿Existiría costumbre más estúpida?

—Después, será preciso ahumar y fumigar las grutas, si es que pretendéis ocuparlas alguna vez —siguió Roser, imperturbable—, Pero habrá que trabajar de firme. Tengo que ir a buscar vacunas.

—¿Vacunas? —inquirió Laxai, estupefacta.

Pacientemente. Bran les explicó el significado de aquella palabra, lo que le costó un esfuerzo considerable.

Pero cuando dijo que algunos hombres deberían acompañarle hasta la astronave. Krognúu se negó en redondo.

69

—¿Por qué?

—¡Los espíritus! Allí están los malignos espíritus de... de los *Innombrables.* La plaga procede de allí, además —dijo el jefe.

—¿Cómo puedes estar seguro de ello?

—Porque antes de que el «pájaro brillante» cayese sobre la selva, jamás padecimos una calamidad como ésta —respondió Krognúu con aplastante seguridad.

Bran reflexionó sobre esto.

¿Era probable que la peste que asolaba la aldea troglodita procediera de la *Inquirer*- 015?

Recordaba con esfuerzo —¡ahora le costaba tanto recordar!— que en los sótanos de la base *Ganímedes*- Uno se habían descubierto varias ratas. El suceso provocó gran sorpresa entre Roser y los demás científicos de la Base Experimental, los cuales no podían explicarse cómo habían llegado los roedores hasta el satélite de Júpiter. Pero era evidente que los cuatro o cinco animales que se encontraron habían viajado a través del especio en una de las superastronaves procedentes de la Base Gamma, en la Luna.

Por curiosidad, el doctor Roser había practicado la disección de uno de los animales, cuyas vísceras analizó en su laboratorio. Su sorpresa y su alarma fueron notables cuando comprobó que aquella rata portaba la terrible enfermedad que había asolado la Tierra durante los siglos XV y XVI: el temible vacilo de Yersin.

Naturalmente, la base entera fue desinfectada, pero como no se dio epidemia ni ningún caso aislado de peste entre la población, no se procedió a la vacunación.

Ahora, sin embargo, todo parecía indicar que alguno de los rebeldes estaba apestado, aunque sólo fuera en la fase de incubación del microbio.

Insistió acerca de Krognúu para que uno o dos de sus hombres le acompañasen a la selva —sabía que en Xattrai existían fieras peligrosas—, pero no consiguió que el jefe asintiera, tal era el temor que sentían.

70

—Está bien, iré yo solo, aunque os debería dejar morir. Eso sería lo justo —barbotó, encolerizado.

Se sentía muy disgustado, en verdad, pero toda su furia desapareció cuando escuchó la voz trémula de Laxai: —¿Quieres que te acompañe yo, Bran? —acababa de pronunciar la joven.

Krognúu se opuso violentamente, pero su hija insistió y finalmente quedó acordado que Laxai y un grupo de hombres fuertes y saludables le escoltarían hasta las proximidades del lugar donde había caído — ésa era la palabra— la astronave.

Una hora, después Roser, Laxai y trece hombres armados de lanzas, descendían de las alturas y atravesaban la selva.

De cuando en cuando, se oía un estrépito de ramas cortadas e incluso se entreveían poderosas masas peludas entre la floresta verde.

A veces, Roser, que caminaba decidido pero con la natural cautela, escuchaba un gruñido, lo que obligaba a todos a avivar el paso.

Al fin, llegaron al lugar que buscaban.

—¿Cuántos años han debido mantenerme encerrado? —se preguntó Bran tensamente, al observar que la *Inquirer*- 015 desaparecía prácticamente entre la tupida floresta.

Lianas, gruesas ramas e incluso raíces apresaban el fuselaje del super-vehículo como el depredador que ha caído sobre su presa y no piensa soltarla por nada del mundo.

Los guerreros de Xattrai tuvieron que usar sus machetes para abrir camino al *Innombrable* hasta la única escotilla abierta en el fuselaje de la nave. De allí no pasaron, desde luego.

Laxai quiso seguir a Bran, pero éste se negó: —Quédate ahí. Si es cierto lo que pensáis respecto a la plaga, podrías contaminarte.

Luego él saltó ágilmente sobre un tronco y ascendió hacia la escotilla.

Atravesó los pasillos cubiertos de telarañas, de nidos de aves, de polvo e incluso de vegetación y llegó a la cabina de navegación.

71

Los cadáveres de Plummer, Gritts, Laronge y Baletti hacía largo tiempo que se habían corrompido. Parecía evidente que los insectos habían dado cuenta de ellos, pues sólo quedaban sus esqueletos.

Volvió sobre sus pasos y desde la entrada, dirigió una mirada al compartimento donde habían encontrado la muerte Márquez, Harpov y Ben Hammaz.

Olía mal allí y Roser cerró la escotilla hermética después de observar que al árabe le faltaba la mano izquierda. Era Ben Hammaz, con toda probabilidad, el que se encontraba ya contaminado de peste cuando la *Inquirer*-015 abandonara la Base *Ganímedes*- Uno .

Roser buscó un excitador eléctrico que funcionase y, cuando lo tuvo, abrió las restantes estancias de la astronave y penetró en su laboratorio.

Seleccionó varios tubos y un equipo completo de cirugía, medicinas y otros útiles, todo lo cual metió en una bolsa. Ya se marchaba, cuando vio su pistolaláser en un estante.

La tomó, oprimió el disparador y el rayo surgió, y abrió un agujero en el metal tan ancho como la palma de su mano.

Vaciló. Finalmente dejó el arma en el estante.

—¿Para qué llevarla? Sin armas, mi vida será mil veces más emocionante. Además, si esos indígenas me atacasen por sorpresa estando yo armado, me vería obligado a matarlos a todos. Y no sé si tendría valor para hacerlo.

Con el excitador en la mano y la bolsa colgada al hombro, descendió al almacén de la bodega.

Los seis robots «Goliath» de dos metros de altura aparecían tan intactos como cuando fueron cargados en la *Inquirer*- 015. Se trataba de autómatas

muy

sofisticados,

humanoides,

dotados

de

autodesplazamiento y movimientos flexibles y completos, muy aptos para ser utilizados en determinadas actividades.

Roser buscó dos cápsulas energéticas, las introdujo en la parte superior de cada uno de dos robots y mediante el complejo excitador


eléctrico los puso en movimiento.

72

Cuando unos minutos después apareció ante los ojos de los indígenas, escoltado por los dos gigantes metálicos, las gentes de Xattrai quedaron lívidas de pánico, primero, y después huyeron a la desbandada dando gritos y olvidando en su aparatosa huida las armas que portaban.

La única que quedó fue Laxai, aunque pálida y temblorosa.

Inmóvil, seguía con mirada hipnotizada los lentos pero seguros movimientos de los gemelos «Goliath», los cuales caminaban a grandes pasos delante de Roser, palpando el suelo con los sensores situados en enormes pies, antes de asentarlos sobre el mantillo húmedo de la selva.

Bran sonrió para inspirar confianza a la muchacha.

—¡No temas, Laxai! —gritó—. Sólo son máquinas.

—¡Máquinas...! —susurró ella, asustada—. ¿Qué son máquinas?

—Ingenios de metal dotados de movimientos. Ellos no pueden actuar si yo no se lo ordeno. Pueden sernos muy útiles.

—¿Para qué? —se atrevió a preguntar la joven.

—El mal que nata a los tuyos es infeccioso. Es decir, se transmite por el simple contagio de personas, animales, ropas, cosas, ¿comprendes?

La muchacha asintió y Roser llegó a ella, que seguía, impávida, el avance de los dos robots que les precedían a lo largo de la vereda abierta por los fugitivos guerreros.

—Podemos utilizar a los hombres de metal en las tareas de asistir a los apestados y también para retirar e incinerar sus cadáveres. Ellos no se contagiarán —añadió Bran.

Laxai no podía comprender tantas cosas nuevas, pero parecía tener una confianza sin límites en aquel hombre que al fin y al cabo no era sino semejante, a pesar del color metálico de sus cabellos.

Sin poderlo remediar, la joven se mantenía a prudente distancia de los robots, aunque seguía como subyugada sus precisos y lentos movimientos.

Tardaron casi dos horas —el doble de lo normal— en llegar a la

cárcava. Era lógico, puesto que los robots caminaban con seguridad, pero con manifiesta lentitud.

Un grupo de los indígenas que les habían acompañado hasta lo profundo de la selva, les aguardaba entre las rocas.

Al ver venir a los robots, se asustaron de tal forma que prorrumpieron en gritos y lanzaron contra los autómatas una lluvia de lanzas y saetas.

Naturalmente, las lanzas se estrellaron contra la coraza de acero de los gemelos «Goliath» y rebotaron con fuerza, sin frenar el avance de los robots. Lo cual aumentó el pavor de los guerreros y los animó a ascender desordenadamente por las escalas.

Bran se echó a reír y Laxai le contempló con estupor.

—¿Por qué ríes? —preguntó.

Pero no obtuvo ninguna respuesta.

¿Por qué reía el *Innombrable?* Sencillamente, porque la ridícula fuga de los guerreros había provocado su hilaridad.

¡Y hacía tanto tiempo que no reía...!

Llegados al acantilado, no vieron a una sola persona. Todos habían huido precipitadamente hacia las alturas.

Comprendiendo que el pánico sobrecogería a todos los de Xattrai si subían los robots, Roser decidió dejarlos en una oquedad hasta mejor ocasión.

Después Laxai ascendió en primer lugar y él la siguió, con la pesada bolsa al hombro.

Arriba, no vieron a una sola persona en la plataforma.

Llegaron a la caverna del jefe y no le hallaron en el primer momento.

Al cabo y cuando se disponían a salir, escucharon un rumor quedo en la parte más profunda de la gran gruta.

Laxai y Bran fueron hacia allí, estupefactos.

La muchacha separó unas pieles: debajo de ellas, tembloroso y empavorecido, encontraron al jefe Krognúu.

CAPITULO X

La vacunación de los que aún no habían sido afectados por la peste fue una verdadera batalla a brazo partido.

Las gentes de Xattrai rendían sumisión al jefe Krognúu, que los había reunido en asamblea en un importante anfiteatro excavado por el hielo en medio de la roca.

Era piedra negra, pizarrosa, y las numerosas heladas invernales habían ido tallando en semicírculo unas a modo de plataformas que permitían a los reunidos ocupar escalonadamente sus asientos.

Primero habló Krognúu, quien se atrevió a decir que el *Innombrable* no sólo no era un diablo vengativo, sino que además se proponía combatir a la plaga con poderosas pócimas. (Naturalmente, la mentalidad de las gentes de Xattrai no llegaba al extremo de entender nociones tales como inyección o vacuna).

Roser, que ocupaba un lugar junto al jefe, oyó el mosconeo de los comentarios y la actitud violenta de algunas de las personas que ocupaban un lugar en el natural anfiteatro.

Krognúu explicó a continuación que las pócimas curativas que administraría Bran —repitió varias veces esta palabra para que fuese ahondando en sus cerebros— no eran líquidos nauseabundos que habría que beber, sino una pequeña cantidad de bálsamo que se introduciría en el cuerpo a través de un pinchazo de la piel.

Cuando Krognúu insistió en esto del pinchazo, se oyeron voces excitadas. Un anciano se alzó y agitando frenéticamente su delgado brazo, gritó:

—¿Quieres decir, jefe Krognúu, que, para curarnos, el *Innombrable* Bran ha de herirnos?

El jefe, sin capacidad, para dar una explicación, se volvió

desesperadamente hacia Bran Roser. Con la mirada le suplicaba ayuda, pero Bran no le prestó ninguna atención, pues creía que era precisamente Krognúu quien debía hacerse comprender por los trogloditas.

Así que el jefe permaneció en su podio unos instantes, congestionado y confuso, sin lograr pronunciar una sola palabra.

Entretanto, los gritos y las voces subían de tono y la audiencia comenzaba a encresparse violentamente.

Laxai, que se mantenía en pie a la izquierda de su padre, dirigía frecuentes y suplicantes miradas a Roser, el cual captó aquellos mensajes, pero permaneció impasible al pie del podio, aunque atento a lo que ocurría en los pétreos graderíos.

Por fortuna, Pbusani resolvió la cuestión.

Bran había advertido que este personaje poseía un gran ascendiente sobre Krognúu, quien indudablemente le distinguía con su confianza.

Por su parte, el *Innombrable* se había ganado a su vez la lealtad y el agradecimiento de Pbusani, con el simple gesto de visitar y curar a su mujer.

Pbusani se había puesto en pie y pedía intervenir con un gesto concreto: llevándose primero la mano al pecho, después a la frente y por último al corazón. (Roser averiguó después que aquel ademán venía a ser una especie de rito, con el cual el que lo hacía venía a decir que quería hablar, pero que lo haría sincera y sensatamente).

Krognúu le cedió la palabra, agradecido.

Pbusani empezó a hablar con voz encendida en aquella difícil lengua de pronunciación gutural y acento marcadamente nasal.

Dijo que él había sentido recelo ante el *Innombrable,* pero que tenía que rendirse ante la evidencia de su gran sabiduría y poder.

—Anoche, Ware, mi esposa, estaba agonizando. Eloy está viva y convaleciente. Si no creéis mi palabra, os lo demostraré… ¡Wara!

Su esposa apareció a través de la estrecha garganta que daba acceso al anfiteatro. Vestía —sería mejor decir, se cubría— con una finísima y sedosa piel de color marrón oscuro.

76

—Tenía el cuerpo lleno de llagas y pústulas malolientes. Pero desde que Bran la trató, sus pústulas dejaron de manar pus y ella cesó de gemir. ¡Descúbrete! —pidió a la mujer.

Wara dejó que la piel resbalara de sus hombros y quedó completamente desnuda. No era vieja aún, sino delgada y muy proporcionada. Evidentemente, no parecía a punto de morir, aunque ninguno de los que ahora la contemplaban esperase que llegase al nuevo día.

Ante esta demostración, una exclamación de estupor brotó de todas las gargantas.

—Es el único que puede atajar el mal —añadió Pbusani—. Y lo ha demostrado con Wara y otros enfermos. De todas formas, cada cual es libre de elegir entre una muerte horrible y... la salud.

A partir de ese momento, Roser supo que Pbusani había ganado la baza que el jefe Krognúu había estado a punto de perder.

Los trogloditas tenían miedo, de hecho temblaban, pero algunos comenzaron a manifestar, aunque tímidamente, que estaban dispuestos a ponerse en manos del *Innombrable,* el cual se retiró inmediatamente con Pbusani, Maiyáa y Laxai hacia una de las espaciosas cuevas situadas en la parte superior de la ciudad vertical.

Pbusani se había ofrecido incondicionalmente al extraño *Innombrable* de cabellos color de oro, por lo que Roser —valiéndose de la ayuda de Laxai—, le hizo comprender que Pbusani debía reclutar un grupo de hombres, entre los más fuertes, sanos y valientes.

Al principio, ni Pbusani ni las mujeres comprendieron aquella petición. Pero dieron la razón a Roser cuando éste puso la primera inyección a uno de los indígenas: el hombre, un joven, exhaló un alarido agudísimo y salió corriendo de la cueva, rascándose el brazo frenéticamente y maldiciendo con las peores palabras de la lengua que dominaba.

Fue una durísima tarea que le llevó tres jornadas. A medida que iban saliendo los vacunados —como reses acabadas de marcar—, los hombres de Pbusani tenían que «cazar» literalmente a otros, a los

cuales debían arrastrar hasta el improvisado hospital, prácticamente maniatados, vociferantes y muertos de horror.

Mientras Roser preparaba sus jeringuillas y agujas, el que iba a ser inmediatamente vacunado se retorcía como una lombriz, pronunciaba toda suerte de insultos y palabras malsonantes y seguía con los ojos desorbitados hasta el mínimo movimiento del *Innombrable.*

El grupo que dirigía Pbusani debía buscarlos en los lugares más distantes y secretos, registrar aquí y allá, consultar con los que ya habían sido vacunados, indagar, mostrarse cautos como serpientes y decididos como bestias carniceras a la hora de caer sobre el infeliz que había tratado inútilmente de escapar a la vacunación.

Al fin, todos estuvieron vacunados.

Roser se permitió unas horas de descanso, tras lo cual se entrevistó con el jefe Krognúu para hacerle una petición.

—Necesito los robots.

—¿Los monstruos de metal? ¡No lo esperes! Mi gente está aterrada —respondió Krognúu, encogido sobre su trono de piedra.

—Dime una cosa, jefe: ¿han surtido efecto mis pócimas? —preguntó Roser, que hacía considerables progresos en el conocimiento de la lengua indígena.

Krognúu se humedeció los labios con la lengua.

—Ahora que lo dices... Pensaba felicitarte y agradecerte todo lo que has hecho por mi pueblo —pronunció el jefe, conmovido—. A partir de tu intervención no ha vuelto a enfermar nadie.

—¿Lo ves? Pero el trabajo está a medio hacer. Aún tienes a doscientos enfermos, que podrían ser salvados con la ayuda de los robots.

—Pero... ¡lo que me pides es demasiado, *Innombrable!* Quiero decir...

Bran —rectificó con humildad—. Esos monstruos aterrarían a mí gente y...

—La solución es muy fácil. Diles que los cobardes y miedosos deben encerrarse en sus casas. Que se metan en la cama y se tapen la cabeza. Hazlo. Me gustaría ver cómo reaccionan —arguyó Roser.

Krognúu se pasó una nerviosa mano por su rostro redondo.

—¡No sé qué hacer! —exclamó—. Esos monstruos de metal que yo mismo vi con mis propios ojos tienen una presencia aterradora. Yo mismo... Lo confieso, me sentí lleno de pavor cuando los vi avanzar hacia la cárcava. En cuanto los enfermos vieran aparecer a los «hombres de metal» huirían despavoridos o morirían de horror...

—Jefe, los enfermos necesitan asistencia urgentemente. Las vacunas son efectivas, sí, pero han de pasar unos días antes de que ejerzan su máximo efecto. Ninguna persona sana debe entrar en contacto con los enfermos, por otra parte. Además, los robots no visitarán solos a los enfermos. Laxai, Maiyáa, Pbusani y yo estaremos cerca. Sólo se trata de evitar el contagio. Y, créeme, los robots son inofensivos —insistió.

Se le olvidó decir: «Son inofensivos porque yo quiero que sea así».

Entretanto, Krognúu parecía reflexionar, con el ancho rostro apoyado en las palmas de las manos.

Impaciente, Roser dio media vuelta y se dirigió a la salida.

—¿Adonde vas? —exclamó el jefe.

—Voy a descansar. Dejaremos morir a las personas que están enfermas o agonizantes. ¿No es eso lo que te dicta tu miedo? —respondió.

—Bien, bien... Puesto que tú lo pides, ¡sea! Autorizo que suban esos horribles seres de piel de metal. Sólo te pido que tú estés siempre junto a ellos. Por lo demás, no pienso salir de aquí mientras ellos se muevan por el poblado —accedió Krognúu.

Roser sonrió, comprensivo.

Luego dio media vuelta y salió para reunirse con Laxai y Pbusani.

Habló con ellos brevemente y los otros asintieron. Luego Pbusani declaró en secreto:

—Tengo que confiarte algo, Bran. Hay alguien que no se ha vacunado.

—¿Quién es?

—Kraal. Ha desaparecido —respondió el leal Pbusani.

—¿Kraal? ¡Ah, vuestro hechicero privado! —exclamó Roser,

divertido—. Está bien, no os preocupéis. Estoy seguro de que aparecerá antes o después.

Pero Pbusani y Laxai le detuvieron, reteniéndole por ambos brazos.

—Quiero prevenirte. Bran —dijo el primero—, Kraal es un hombre poderoso y peligroso. Cuando te trajimos a la cárcava, Kraal incitó a Txerec a pedir tu muerte al jefe Krognúu.

—No importa. Yo...

Laxai intervino, rápida.

— Pbusani tiene razón. Kraal es un verdadero brujo —afirmó.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Roser, estupefacto.

—¡Posee poderes que escapan a nuestra comprensión! Es capaz de convocar a los espíritus para hacer daño. Y domina conocimientos que a otros nos están vedados.

Roser se echó a reír.

—No os preocupéis —bromeó—. Mis poderes son muy superiores a los de Kraal.

Viendo que las dos mujeres y el hombre permanecían inmóviles y desconcertados, Roser les acució:

—Vamos. Los enfermos que agonizan nos esperan. De nosotros depende que mueran o se salven. Los gemelos «Goliath» nos ayudarán de forma decisiva.

CAPITULO XI

Las gentes de Xattrai se habían trasladado a unas cuevas situadas en una cota más elevada, mientras el grupo de Pbusani fumigaba las viviendas anteriores siguiendo las instrucciones de Bran Roser.

Aposentados todos los sanos en las nuevas grutas —más peligrosas por la altura, pero también más seguras y secas—, se procedió después a trasladar a los enfermos a las cavernas que ya habían sido desinfectadas, ubicadas en un plano ochenta metros abajo.

Al final de ocho jornadas sin concederse más que un mínimo descanso, Bran Roser se sentía ya al límite de sus fuerzas.

Había adelgazado veinte kilos y sus costillas eran claramente visibles bajo su piel pálida. Macilento, debilitado y torpe, Bran se dejó caer finalmente en la cueva que le había sido asignada por el jefe Krognúu.

Inmediatamente la fatiga le venció. El sueño se apoderó de él y se sumió en profunda inconsciencia.

Soñó muchísimo. A cada momento, su largo cuerpo se agitaba con espasmos que reflejaban la intensidad vivencial de sus pesadillas.

A veces se calmaba y murmuraba dulces palabras entre dientes. Sus duras manos acariciaban la suave piel sobre la que descansaba como si estuviera mostrando su amor a una mujer.

Otras veces saltaba sobre el duro lecho, vociferaba, se estremecía y gemía. Luego gritaba durante largo rato, dando suelta a su ferocidad, al horror, al sentimiento de soledad y el odio.

Durmió durante dos días seguidos.

Cuando despertó, vio a Laxai tendida junto a él y mirándole con amorosa solicitud.

Sin premeditación, la mano derecha se alzó y acarició levemente las

facciones de Laxai.

—Pequeña... —murmuró.

Una sonrisa leve se insinuó en los gruesos pero bien perfilados labios de la hija del jefe Krognúu.

—Bran, has sufrido mucho. Creo... creo que has vivido mil momentos en solo dos jornadas. He permanecido junto a ti desde que te dispusiste a descansar. He dormido a veces y en otras ocasiones tus gritos y tus voces me han despertado...

Tomó los nervudos dedos del hombre en su mano pequeñita y añadió:

—Me he sentido conmocionada y turbada escuchándote, escrutando tus tensas facciones, tus violentas reacciones inconscientes... ¡Te he visto sufrir, Bran! Verdaderamente, debes sentirte atormentado. ¿Por qué?

El la miró despaciosamente y luego soltó su mano, que cayó lasa sobre la suave y brillante piel peluda sobre la que descansaba.

Sus labios se movieron, vaciló, parecía a punto de hablar, pero finalmente apretó tensamente las mandíbulas, cerró sus labios y permaneció silencioso.

—¿Qué te ocurre, *dalai* Bran? —insistió ella, turbada, pero firme.

—*¿Dalai?* —inquirió Roser sin comprender.

—Querido Bran, eso es lo que quise decir. Dime, te lo ruego, ¿qué remotos pensamientos y recuerdos convierten tu descanso en una batalla sin fin? —inquirió Laxai.

—*Dalai dalai*... —pronunció Roser, saboreando aquella palabra como si el vocablo calase profundamente en su ser sensible.

—*Dalai* Bran, necesito saber, ¿no lo entiendes? —gimió Laxai, aproximándose a él.

Bran le hizo sitio sobre la cálida y sedosa piel, pasó su largo y nervudo brazo —ahora excesivamente fibroso— y acarició la mejilla de la joven.

—Sí... —pronunció, dejando escapar un soplo de aire de su pecho — . Comprendo tu inquietud, Laxai. Hemos pasado muchos días juntos,

bregando con hombre cerriles, vacunando a cientos de personas que se resistían a un simple pinchazo... los mismos hombres que son capaces de perder un brazo entre las fauces de las fieras sin exhalar un gemido... Y hemos dirigido a los gemelos a las cuevas profundas donde todo era llanto, hedor y desolación. Hemos vivido conjuntamente el desastre, nos hemos sentido fatigados, desmoralizados, al borde del derrumbamiento. Hemos tenido que superar el asco y el miedo, pequeña Laxai. Y confieso que tú siempre conservaste el ánimo e incluso superaste con tu valor a Pbusani y a otros de los que nos ayudaban. Sí... Ha sido una larga batalla contra la muerte. Has sido mi amiga, mi valedora, mi auxiliar y mi fortaleza psíquica contra el miedo y la fatiga. Sí, Laxai, creo que tienes derecho a hacer preguntas.

Anhelas saber muchas cosas... Bien, no sé si mis recuerdos llegarán lejos, pero te prometo que haré todo lo posible por satisfacer tu curiosidad, que no es otra cosa que anhelo y ansiedad por conocer mejor al hombre que te ha deslumbrado, un *Innombrable* llamado Roser. Habla, Laxai: contestaré a tus preguntas.

La mujer se incorporó sobre el codo izquierdo, puso su mano sobre el anchísimo pecho de Roser y le miró profundamente a los ojos.

—Dime, *dalai,* ¿de dónde viniste? Y ¿por qué durante el sueño pareces vivir en el infierno, cuando tú eres bueno, amable, justo y entregado? —preguntó con timidez, pero con infinita avidez.

Roser entornó los párpados y fijó la mirada en la bóveda ocre de la caverna. Luego sus labios se movieron y sus músculos faciales se fueron relajando gradualmente hasta que su expresión se tornó estática y serena.

—Hace ya mucho tiempo, querida Laxai, yo vivía en un alejado planeta llamado Tierra. Tan lejano, que tú jamás podrías hacerte una idea de la distancia que nos separa ahora de aquel remoto planeta azul...

83

*

Gladys Roser oyó desde la cocina el zumbador musical de la puerta. Secó sus manos en el delantal floreado y corrió presurosa por el pasillo.

Pero Bran acababa de abrir la puerta en aquel momento. Sus cabellos rubios estaban cubiertos de nieve, así como sus ropas. A través de la puerta que el hombre acababa de cerrar había penetrado un aliento gélido que obligó a estremecerse a la guapa mujer morena que venía a recibir a su esposo.

—¡Uf, qué frío! —exclamó él, friolero. Y frotó sus manos entre si con fuerza y luego besó a la mujer en los labios, pasó un brazo sobre sus hombros y juntos caminaron pasillo adelante.

—Bran...

—¿Sí, cariño? —preguntó él, distraído, mientras dejaba su cartera sobre un sillón y se despojaba de la gabardina helada.

—He dudado mucho antes de decidirme a dar este paso. ¡No quería perturbarte, ahora que trabajas con dedicación en ese proyecto de exploración espacial! Pero... ¡Bran, estoy asustada! —exclamó Gladys, temblorosa.

El hombre la tomó en sus brazos, volvió a besar sus húmedos y fríos brazos y percibió el temblor de su esposa a través del vestido que Gladys vestía.

— Pero, ¿qué ocurre? —exclamó, animoso—. Vamos, tranquilízate.

Estoy aquí contigo. Nada malo puede ocurrirte. ¿Por qué ese temblor?

Los labios de su esposa se agitaban temblorosos y también vibraban su barbilla, sus manos. Toda ella temblaba, dominada por el pánico.

—Fue... una llamada. Una llamada telefónica —confesó.

Bran se preocupó.

Nunca había visto a su mujer tan desmoralizada, alterada y fuera de control.

Acarició sus frías manos, la oprimió contra si y le llevó hacia el

diván, donde ambos se dejaron caer.

—Está bien, está bien, querida. Ahora, tranquila. Dímelo todo —rogó.

Pero una cosa era pedir serenidad y otra conseguirla.

Gladys, más agitada a cada momento, explicó el motivo de su perturbación emocional a Roser.

—Llamaron por teléfono. Era una voz cínica, irónica y fría, que desde el principio me sobrecogió. Dijo que te habían enviado una carta certificada. Que eran miembros de una asociación, ¿cómo dijeron?, animista o algo parecido. Que buscaban la salvación de la humanidad mediante sacrificios y oraciones a... ¡Dios mío!

—¡Sigue!

—Mediante... sacrificios a los dioses que crearon la Tierra y todo el sistema cósmico. Dijo que erróneamente la civilización judeo-cristiana consideraba a Satanás como un ser diabólico, vengativo, capaz de todos los males, pero ése... hombre aseguró que su asociación había estudiado exhaustivamente unos textos antiguos de los caldeos y llegado a la conclusión de que precisamente los espíritus superiores a los que nosotros llamamos demonios, eran los auténticos artífices del Universo...

Roser golpeaba cariñosamente la espalda de su mujer, tratando de darle aliento.

—¡Tonterías! —exclamó—. Historias alucinantes para hacer picar a los pusilánimes y los que se aburren. Pero, sigue, por favor.

—Volvió a decir que te habían enviado una carta, solicitando un donativo. A cambio del cual, ellos intercederían por todos nosotros y nuestra salvación...

—¿Y eso te preocupa? ¿De ahí proviene tu miedo?

—¡Déjame terminar! —pidió Gladys con cierta vehemencia—, El hombre que hablaba conmigo demostró saber muchas cosas concernientes a nosotros, a nuestra familia. Incluso sabían que Roger acababa de cumplir nueve años y que Nathalie sólo tenía seis. El individuo que comunicaba conmigo conocía perfectamente tu

profesión, tu trabajo, incluso la matrícula de tu automóvil. Todo. ¡Lo saben todo!

Bran comenzaba a sentirse preocupado.

—¿Dijo algo más? —inquirió, al ver que Gladys inclinaba la cabeza sobre el pecho y gemía quedamente.

—¡Sí! —respondió la mujer elevando la mirada—. Me pidió que anotara un número de cuenta bancaria. Debíamos ingresar tres mil dólares en esa cuenta.

—¡Fantástico! —intentó bromear el doctor Roser—. ¿No te insinuaron la conveniencia de pagar una cuota mensual querida?

Gladys se atragantó.

Despavorida, Gladys clavó sus ojos castaños en los azule claros de su esposo.

—¡Bran, por amor de Dios! ¿Cómo puedes burlarte? Es hombre, ese... individuo dijo... que si no pagábamos matarían y descuartizarían a nuestros dos hijos, puesto que no habríamos hecho culpables de abominación, por incrédulos Dijo también que después me matarían a mí y que sólo respetarían tu vida, con el fin de que sufrieses en tus carnes hasta enloquecer. ¿Comprendes ahora mi estado de ánimo?

Bran asintió con gravedad. Indudablemente, el asunto no era para tomarlo a broma.

—Yo arreglaré esto —determinó, poniéndose en pie bruscamente—. Voy a llamar a la policía.

—¡Nooo!

—gritó

Gladys,

desesperadamente

crispada—

Precisamente me advirtieron que si avisábamos a la policía su venganza se precipitaría. ¡Por amor de Dios, Bran! Olvídate de la policía.

Roser volvió lentamente hacia su esposa.

—¿Cuál es tu postura, entonces? ¿Debemos permitir que unos estafadores nos manejen a su capricho, hemos de entregarles esos tres mil dólares? —bramó, fuera de sí.

—Es lo más razonable, querido. ¡Qué significa el dinero, al fin y al cabo? Un poco más de esfuerzo en el trabajo, unos meses de ahorro. Y

a cambio de ello, habremos ganado nuestra seguridad y la de nuestros hijos —invocó Gladys.

Roser vaciló.

—¿Accederás? —preguntó ella, anhelante.

—Reflexionaré. Ya veremos —dijo.

—Bran, ¿es cierto que te enviaron esa carta? —preguntó Gladys al cabo de unos instantes de silencio.

Bran introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre.

—Sí, aquí está. No te hablé de ello para no preocuparte.

Además, ¡no le di importancia! Sólo era la carta de unos pedigüeños de los que envían comunicaciones a docenas. ¡«Mensajeros de los Espíritus Creadores»! —leyó el membrete, en el que no había dirección alguna.

Poco después, Gladys anunció que se iba a la cama, pues le dolía la cabeza de pura preocupación.

Aquella noche el doctor Roser bebió más de la cuenta en un absurdo intento de borrar su inquietud con el alcohol.

Despertó muy temprano —cuando sonó el despertador— con una terrible jaqueca y la garganta espantosamente seca. No estaba acostumbrado a beber y sufría una tremenda resaca.

Antes de despedirse de Gladys camino de las instalaciones del *Proyecto Júpiter,* Bran besó a Roger y a Nathalie, que dormían tranquilamente en sus lechos.

—Acerca de ese asunto de los tres mil dólares, ¿dónde te dijeron que había que enviar el dinero? —preguntó Roser.

—A ninguna parte —respondió Gladys—. Sus instrucciones fueron muy concretas. El hombre dijo que el próximo fin de semana debíamos dejar el dinero en nuestro buzón de correos y abandonar la casa. Puntualizó y remachó esto: debíamos alejarnos de la casa.

Aseguró que ellos disponían de medios para recoger el dinero del buzón.

—Muy bien. Me marcho —anunció Roser. La besó fugazmente en

los labios y salió hacia el garaje.

Gladys le siguió con la mirada hasta que el automóvil pasó ante el ventanal y se alejó. Ahora se sentía más tranquila: estaba segura de que Bran había comprendido que lo más sensato era pagar.

Pero se equivocaba. A medida que se alejaba de casa, Bran iba afirmándose en su idea de no ceder a la extorsión.

No le importaba perder tres mil dólares. Al fin y al cabo, Roser ganaba mucho dinero en el proyecto *Júpiter*. Sencillamente, era un hombre que tenía un sentido acendrado de la justicia y de la firmeza.

Por otra parte, era consciente de que si pagaba la primera vez, los «Mensajeros» seguirían extorsionándole hasta arruinarle.

Trabajó durante toda la mañana, aunque aquel problema no se apartó de su mente ni un solo minuto.

A la hora del almuerzo abandonó en su automóvil las instalaciones y se dirigió a la ciudad. Media hora después estaba sentado frente al comisario Ron Hayes.

—Has hecho bien en venir, Bran —le dijo el policía—. Tenemos ya varias referencias de esos «Mensajeros». Al parecer, no son sino unos vulgares delincuentes, aunque hasta ahora han tenido éxito, pues han obtenido grandes cantidades de dinero y aún no hemos cogido a uno sólo de ellos.

—¿Crees que mi familia estará en peligro, después de dar yo este paso? —preguntó Roser.

—Tranquilízate. Voy a ordenar que monten una vigilancia discreta pero eficiente alrededor de tu casa. Además... Si tú estuvieras de acuerdo, yo me decidiría a montar una operación completa.

—¿A qué te refieres, Ron?

—Si vuelven a llamarte, a ti o a Gladys, dad todas las seguridades de que depositaréis el dinero en el buzón. El próximo viernes por la tarde, tomaréis vuestro automóvil y os alejaréis. Nosotros nos ocuparemos del resto —explicó el comisario.

Miró fijamente al doctor Roser y preguntó: —¿Estás de acuerdo?

88

—Sí. Es preciso poner a buen recaudo a los canallas que amenazan de muerte por teléfono —respondió Bran.

Abandonó el despacho de Hayes, muy satisfecho.

«No diré la verdad a Gladys —pensó—. Ella creerá que vamos a cumplir punto por punto las instrucciones de los «Mensajeros».

Cuando uno de ellos se acerque al buzón a recoger el dinero, los policías caerán sobre él y desmontarán el tinglado. Espero que todo termine bien.»

Al día siguiente, jueves, fue al Banco y extrajo tres mil dólares de su cuenta corriente.

A la tarde siguiente, los Roser abandonaron su domicilio de la ciudad camino de la casita de campo que poseían en San Jacinto.

Antes, Bran se había detenido ante el buzón y había depositado —ostensiblemente— un sobre con tres mil dólares en su interior.

Esa misma noche, Bran llamó telefónicamente al comisario Hayes.

—¿Qué ha ocurrido? preguntó sin disimular su ansiedad.

—Nada, por ahora. Mis hombres montan guardia discretamente, perfectamente disfrazados. Antes o después, alguien se acercará al buzón y lo atraparemos. Descansa y goza del fin de semana. Nosotros nos ocuparemos de todo.

Pero transcurrió el sábado, pasó el domingo y la familia Roser hubo de ponerse en marcha, de regreso a la ciudad.

El plan montado por el comisario Hayes había fallado, pues los «Mensajeros» no acudieron a recoger el dinero del buzón de los Roser.

89

CAPITULO XII

Hayes mantuvo el domicilio de los Roser bajo vigilancia durante todo un mes. El dinero aguardaba inútilmente en el buzón.

Finalmente, el comisario se vio obligado a desmontar la operación y retiró a sus agentes.

Como había pasado el tiempo, los Roser comenzaban a tranquilizarse y a olvidar. De todas formas, Bran dejó el sobre con los tres mil dólares en el buzón, imaginando que los «Mensajeros»

recogerían el dinero en cualquier momento y se darían por satisfechos.

Quince días después, Bran volvía a casa una noche. Como de costumbre, de detuvo junto al buzón y lo abrió.

El sobre con el dinero había desaparecido, aunque la cerradura no estaba forzada.

Bran suspiró profundamente.

—En fin, ojalá haya terminado para siempre esta desagradable historia —deseó.

Dejó el coche en el garaje y penetró en su casa.

El reguero de sangre que se iniciaba en el pasillo que comunicaba con la cocina fue el anuncio de la tragedia.

Con el corazón golpeando fuertemente en su pecho, Roser corrió hacia la cocina.

Gladys yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre. Su cuerpo había sido materialmente cosido a puñaladas. Sus ojos desorbitados miraban al vacío con un rictus de indescriptible horror.

Roser giró sobre sus talones y gimiendo entre dientes, subió apresuradamente a la planta superior, donde se hallaban los dormitorios de sus dos hijos.

Un momento después, volvía abajo, tambaleante.

Sus manos temblaban cuando descolgó el teléfono y marcó el teléfono de Hayes.

Después fue al lavabo, buscó un tubo de barbitúricos y mezcló veinte comprimidos con un vaso de whisky, que bebió de un trago.

Cuando llegó la policía le hallaron en el suelo, inconsciente, moribundo.

Sin embargo, en mes más tarde Bran Roser abandonaba el hospital

por su propio pie.

El hombre animoso, alegre y cordial que siempre fue había desaparecido. Roser se convirtió en una persona hosca, introvertida, brusca y desagradable.

Cuando el *Proyecto Júpiter* tocaba a su fin, el doctor Roser pidió ser incluido en el mismo, aunque en principio no estaba prevista su participación en el viaje a Ganímedes, donde se estaba construyendo ya una Base Experimental.

A partir de aquel momento, Bran Roser buscó denodadamente la muerte. Solicitaba los trabajos más arriesgados, provocaba a sus compañeros y demostraba continuamente su desprecio por la vida.

Pero la muerte no acudió a él. Se diría que estaba condenado a vivir.

*

Laxai acarició su rostro con ternura.

—Has sufrido muchísimo, *dalai* —susurró—. No puedo comprender por completo algunos pasajes de tu relato, pero entiendo que tuviste que enfrentarte a una experiencia espantosa.

Bran se incorporó poco a poco.

—Es curioso —observó—. Ahora ya no tengo ningún deseo de morir.

Los ojos negros de Laxai le escrutaron con ansiedad.

—¿Quizá porque...?

El *Innombrable* la atrajo lentamente hacia si hasta que los prietos senos de la muchacha rozaron el velludo torso del hombre.

—Quizá porque te amo, *dalai* —murmuró roncamente.

Dejándose llevar por la pasión, inclinó la cabeza y besó con absorbente ansiedad la boca de Laxai. Ella, muy inexperta, no supo responder al principio a la caricia, pero después, cuando Bran insistió e insistió, halló una fogosa correspondencia a sus arrebatados besos.

Las toscas manos del hombre descendieron lentamente por la espalda femenina, acariciaron las caderas y finalmente se detuvieron en las tintineantes sartas de piedras azules que velaban su sexo.

Inmediatamente, Laxai se abandonó por completo en sus brazos con una expresión de placer voluptuoso en su bello rostro.

— *Dalai, dalai!* —murmuraba, estremecida de pasión.

*

Era un mundo apasionante y diverso.

Pasadas las negras jornadas de lucha contra lo mortal epidemia, las gentes de Xattrai iban volviendo paulatinamente a sus actividades

normales.

La población había quedado diezmada en algo más de un tercio, pero la enfermedad había sido vencida en toda regla. Roser, eficazmente auxiliado por los gemelos «Goliath», había dirigido las operaciones de depuración de las numerosas grutas-viviendas y los cadáveres y enseres infectados fueron quemados en una gran pira situada a distancia prudencial de la ciudad vertical.

Laxai se sentía muy preocupada por la prolongada ausencia de Kraal, el hechicero, pero Bran Roser no le daba la menor importancia.

Finalmente, el obeso jefe Krognúu le había perdido el miedo a los robots, hasta el extremo de que, a veces, se acercaba a uno de ellos por la espalda y palpaba, fascinado, las durísimas planchas metálicas de que estaban revestidos los eficaces autómatas.

—¡Incomprensible!

—murmuraba,

fruncido

el

ceño—.

¡Absolutamente incomprensible!

Entretanto, los cazadores aprestaban sus rudimentarias armas, dispuestos a reemprender sus largas y apasionantes partidas de caza.

Por su parte, Bran iba confiándose poco a poco, en la seguridad de que ninguno de aquellos hombres y mujeres atentarían contra su vida, puesto que se sentían agradecidos al *Innombrable* que había evitado que la mortandad se extendiera hasta el exterminio total de la tribu.

Sumamente ávido en conocer las características del planeta en que habría de vivir a partir de allí, Roser pidió acompañar a los cazadores en la primera partida de caza.

E inmediatamente Laxai se unió a él. Aunque por lo regular las mujeres no eran admitidas en estas arriesgadas expediciones, Krognúu dio su aprobación y el asunto quedó zanjado.

Fascinado, Roser descubrió una parte de aquel vastísimo mundo llamado Xattrai. Contempló dilatadas sábanas en que pastaban nutridas manadas de extraños herbívoros tan corpulentos como elefantes, asistió a la persecución de éstos por sus feroces depredadores y participó activamente en la caza, llena de peligrosos incidentes.

El *Innombrable* se sentía, en ocasiones, apiadado de los cazadores que habían de enfrentarse a grandes fieras con sus rudimentarias armas.

¿Por qué exponer sus vidas, si él, Bran, poseía armas que facilitarían la caza sin riesgo para los cazadores de Xattrai?

Reflexionó mucho sobre esto y finalmente decidió que las armas y

portentos que guardaba la *Inquirer*-015 continuarían donde estaban.

Su decisión era lógica y sensata: aquellas gentes no podían pasar en unos pocos segundos de la elemental cultura prehistórica a las maravillas técnicas del siglo XXIII terrestre. Era muy probable, según pensó Roser, que tan enorme salto técnico produjese en ellos un trauma irreversible.

Por otra parte, y a pesar de sus escasos medios, las gentes de Xattrai eran hábiles e inteligentes.

Una prueba de su sagacidad era la pintoresca caza de los *gurshas,* enormes solípedos mitad caballos terrestres, mitad cebras. Los cazadores de Xattrai rodeaban una manada de estos caballos en plena sabana y con gran aparato de ruidos y gritos, empujaban a los animales hacia un angosto desfiladero.

Los *gurshas,* enloquecidos por aquel estrépito, no dudaban en precipitarse al galope hacia el desfiladero. Espantados, los animales no tenían tiempo para advertir que el cañón terminaba bruscamente en un hondo acantilado cortado a pico. Docenas y docenas de los grandes solípedos se-precipitaban al yació y se estrellaban contra las rocas del fondo. Naturalmente, morían en el acto. Después, los cazadores daban

un rodeo y descuartizaban a los animales, cuya carne salaban y secaban al sol. Aprovechaban también las pieles y los huesos, con los que fabricaban gran cantidad de rudimentarios útiles.

Naturalmente, a un grupo de cazadores le resultaría muy difícil —si no imposible— abatir a uno solo de aquellos grandes solípedos, tan veloces y corpulentos, pues llegaban a pesar casi cuatro toneladas. Y

así, se las habían ingeniado para engañar a los animales y empujarlos hacia el acantilado, donde los *gurshas* encontraban la muerte sin suponer ningún riesgo para los cazadores.

Xattrai era un mundo salvaje y fascinador. Las selvas se extendían, espesas y altísimas, a lo largo de espacios inconmensurables; sus montañas elevaban los enhiestos picos por en encima de los 15.000

metros de altitud y los caudalosos ríos que recorrían la zona subtropical —donde se encontraba asentada la aldea troglodita— eran incontables y poseían una fauna rica y variada.

El mar, el más próximo mar, se encontraba miles de kilómetros hacia el sur. Las gentes de Xattrai le llamaban *Goor-Arak,* es decir, «Gran Lago» y la mayoría de ellos no lo habían visto jamás, debido a la larga distancia que había que recorrer para llegar a sus orillas. Pero los más viejos habían llegado en alguna ocasión hasta la dilatada extensión líquida y hacían grandes aspavientos cuando describían a los monstruosos animales que pululaban en sus aguas.

De regreso de aquella primera expedición, Roser se sentía desgarrado. No era extraño, pues durante ocho jornadas había

caminado hasta reventar y en el retorno le tocó —como a todos— cargar grandes pedazos de carne seca de *gursha.*

Quizá fue el cansancio y las llagas de sus pies lo que le animó a plantear aquella cuestión al jefe Krognúu, a Pbusani y a otros distinguidos guerreros-cazadores.

—¿Por qué no cazáis vivos algunos de esos *gurshas?* Con paciencia, podríais domesticarlos —propuso.

Krognúu y los suyos se mostraron muy sorprendidos.

—¿Cazar vivo un *gursha?* ¡Eso es imposible! —clamó Pbusani—.

Una coz de uno de esos animales arrancó la cabeza de cuajo a uno de los nuestros, hace ya largos años.

—Además, nosotros sólo necesitamos su carne —añadió Krognúu.

Con toda la paciencia del mundo, el *Innombrable* les explicó que los grandes caballos, domados, podrían ser utilizados eficazmente como animales de carga, tiro y monta, conceptos éstos que tardaron en comprender las gentes de Xattrai.

Pero aquella idea captó la atención del animoso Pbusani, quien exclamó:

—Si eso fuera posible, nos sería muy fácil alcanzar Goor-Arak y otros lejanos lugares. Y también nos ahorraríamos transportar nuestras pesadas cargas en nuestras propias espaldas. Pero, dime, Bran..., ¿cómo conseguiríamos cazar a varios de esos animales sin exponernos a morir despedazados?

—Os lo explicaré...

Roser dijo a las gentes de Xattrai que para ello bastaría aislar a unos pocos animales, a los que empujarían hacia el desfiladero.

—Colocaremos unas redes resistentes antes del precipicio. Los *gurshas* quedarán enredados. Entonces podremos sujetarlos con maromas y dominarlos.

Los cazadores se mostraron infantilmente agitados y atraídos por el proyecto. Normalmente, hubieran descansado durante varias jornadas para recuperar energías, pero su entusiasmo era tal que decidieron partir en cuanto tuvieran dispuestas las redes, para lo cual sobraban materiales en las selvas próximas a la ciudad vertical de la cárcava.

Y al fin, en medio de un jolgorio y una animación que Roser jamás había visto entre los trogloditas, la nutrida partida se puso en marcha.

Dos días más tarde divisaban la manada de *gurshas* que pastaban en la herbosa sabana. Como las redes ya estaban colocadas al fondo del desfiladero, Roser y otros cazadores se deslizaron temerariamente entre las altas hierbas con el fin de separar a seis caballos.

En seguida se oyó el estrépito y los caballos galoparon hacia el desfiladero.

La operación resultó un verdadero éxito. Los *gurshas,* atrapados en

las recias mallas, fueron sujetados con fuertes maromas y encerrados en el cañón. Liberados más tarde, sin posibilidad de huir, los cazadores les arrojaron desde las alturas haces de jugosa hierba para que los animales no perecieran en el árido desfiladero.

Esa tarde, cuando se retiraban al campamento improvisado en las alturas, todos se sentían alegres y satisfechos por el éxito de la cacería.

Luego, cuando todos dormían, Roser escuchó un crujido anormal entre los matorrales y se levantó y alejó, dispuesto a averiguar el origen de aquel ruido.

Todo ocurrió tan de improviso que Roser fue incapaz de reaccionar.

En lo alto de un peñasco acababa de surgir una silueta humana, iluminada por el resplandor de las hogueras que los cazadores mantenían encendidas toda la noche.

—¡Kraal! —exclamó el *Innombrable,* sorprendido.

Luego se oyó un rugido y junto al hechicero apareció un enorme macairodonte (11) de pelaje oscuro.

—¡Mátale! —rugió Kraal, dominado por el odio.

Brillaron en la penumbra los temibles colmillos de la fiera y el macairodonte saltó espectacularmente sobre el *Innombrable.*

El felino cayó sobre Roser, que gritó de dolor al sentir su brazo izquierdo desgarrado desde el hombro hasta el codo.

«Voy a morir», pensó, aplastado por las gruesas patas del macairodonte.

(11) *Macairodonte:* Felino prehistórico, mayor que el tigre, con grandes colmillos *de sable*. varios de cuyos esqueletos han sido hallados en el yacimiento de La Brea (California).

CAPITULO XIII

Pbusani había seguido a Bran cuando éste abandonó el campamento. Tenía un largo cuchillo de dura piedra colgando de su cintura y no vaciló un momento en abalanzarse sobre el grueso y musculoso cuello de la fiera.

Luego Pbusani miró a las alturas. Sin transición, lanzó con fuerza su arma. Arriba se oyó un alarido agónico y el sordo rumor de un cuerpo que caía entre los matorrales.

Un momento después, los cazadores, alertados, acudían en tropel.

Vieron el macairodonte con el cuello destrozado y más allá, el cadáver de Kraal.

—¡Has matado a Kraal, Pbusani! —gritó uno de ellos—. ¡Su espíritu traerá la abominación sobre ti y todos nosotros!

—No dudé en hacerlo —respondió Pbusani, valiente—. Kraal huyó

cuando la plaga amenazó con exterminarnos. El fue incapaz de ofrecer ningún remedio a mi esposa, pero Bran la curó. Kraal envió a esta fiera contra Bran, por lo que no dudé un momento. Soy consciente de la gravedad de mi acción, pues Kraal es poderoso, incluso después de muerto. Pero no me arrepiento.

Mientras Laxai trataba de atajar la abundante hemorragia que sufría Roser, ésta dejó caer su mano derecha sobre el hombro de Pbusani y pronunció:

—Haces bien, Pbusani. Porque el poder que Kraal ejercía sobre vosotros acaba de terminar para siempre.

*

Dos semanas después, la partida de cazadores volvió a la ciudad de la cárcava.

Ese fue un verdadero día de fiesta para todas las gentes de Xattrai, pues aunque sus mentes no daban crédito a lo que sus ojos veían… ¡el *Innombrable* regresaba llevando a un *gursha* con una maroma! ¡Y lo más

asombrado era que el corpulento y salvaje animal seguía a Bran dócilmente!

Ante el asombro de todos, Bran subió de un salto a la alta grupa del animal y le obligó a evolucionar ante el auditorio con leves tirones del ronzal.

El caballo fue encerrado en una oquedad de considerables proporciones y los cazadores ascendieron por las escalas, ansiosos de celebrar el éxito obtenido en común.

Tuvo lugar un verdadero festín, compuesto por ricas frutas y carnes asadas, a las que empezaban a aficionarse los trogloditas gracias a la insistencia del *Innombrable* en hacerles comprender que las viandas eran mucho más sabrosas cocinadas al fuego.

Ya a altas horas de la noche, Bran se retiró con Laxai a la caverna que compartían. A pesar del cansancio, hicieron el amor apasionadamente y luego el sueño les rindió.

Fue hacia la madrugada cuando Laxai despertó, sobresaltada.

—¡Despierta, *dalai,* despierta! —gritaba, despavorida.

Pero Bran seguía durmiendo pesadamente, ajeno por completo a los inquietantes rumores que provenían del exterior.

Desesperada y aterrada, Laxai no dudó en tomar un cuenco de hueso lleno de agua, que arrojó con fuerza sobre el rostro del hombre que dormía profundamente a su lado.

Bran despertó bruscamente, parpadeó atontado, se sacudió el agua con un violento movimiento de cabeza y… oyó los alaridos de terror que provenían de fuera y vio los flamígeros resplandores que

penetraban en la caverna a través de la boca de entrada.

De un salto se puso en pie y corrió hacia allá.

Docenas de extraños objetos voladores se abatían sobre la cárcava en aquel momento. Descendían de las alturas a velocidad mareantes, dejando tras sí rastros fosforescentes de brillantes color rojo y violado.

Un rayo cegador surgió ante sus ojos, la roca crepitó y se fundió en un torrente de lava que se deslizó lentamente muro abajo.

Consciente de que corría peligro de morir, Bran retrocedió y se reunió con la temblorosa Laxai en el rincón más recóndito de la cueva.

—¡Son... son *Ellos...,* los *Innombrables!* —murmuró la mujer, empavorecida—. ¡De nuevo la catástrofe se cierne sobre nosotros!

—¿Los *Innombrables?* —susurró Bran al oído de Laxai.

—¡Diablos extranjeros que nos aniquilan cruelmente! Vienen de algún remoto lugar a buscar gemas a una zona desértica situada al norte. Ellos son como...

—¿Como yo?

—Son altos, fuertes, de cabellos rubios... como tú. Pero tú eres bueno —consideró Laxai, comprensiva.

Afuera, los módulos voladores seguían atacando la cárcava con los letales rayos destructores capaces de fundir instantáneamente las durísimas rocas.

—Así que atacan sin previo aviso y sin ser provocados... —susurró Roser. Y la muchacha asintió, cobijada entre sus brazos.

¿Era una estrategia basada en la más feroz disuasión? Quizá los *Innombrables,* venidos de algún planeta próximo no se proponían otra cosa que buscar tranquilamente aquellas gemas azuladas que tanto parecían interesarles.

El ataque cesó tan fulminantemente como empezó. Pero cuando Roser salió para comprobar el efecto de los disparos, el acantilado se había convertido en un verdadero volcán. Había cadáveres carbonizados en las sendas y los muros despedían un calor abrazador.

En el horizonte, allá hacia el norte, se alejaban los módulos que expandían un fulgor cegador de color cambiante.

—¿Adonde vas? —gritó Laxai, viendo que Roser se disponía a descender de la cárcava.

—Tengo que solucionar este problema —respondió Bran, abarcando con un ademán de su brazo sano el desastre desolador que les rodeaba.

Laxai intentó detenerlo, pero no lo consiguió. Abajo, acompañado de los gemelos «Goliath», Roser se dirigió a la carrera hacia la selva, donde se encontraba la *«Inquirer*- 015». Poco después, Laxai vio aquel fulgor que se alzaba sobre las copas de los árboles y se desplazaba fulminantemente hacia el Norte.

Pilotando una de las «Destróyer» del hangar de la *«Inqui* rer-015», Bran Roser atisbaba hacia abajo. Hasta que vio la astronave alienígena en el suelo. Un centenar de individuos de cabellos largos y rubios que se desplazaban sobre el suelo arenoso con sorprendente lentitud, señalaron hacia las alturas cuando Roser hizo descender su aero-vehículo y comenzó a disparar rayos desintegradores sobre ellos.

Los extranjeros corrieron desmayadamente hacia su astronave, formada por módulos separables, e incluso lograron introducirse en ella. Pero Roser, temiendo que ellos le atacaran desde el aire, disparó su cañón desintegrador a la máxima potencia y la nave alienígena estalló y se disgregó sobre la arena en la que brillaban esplendentes las gemas azules.

Más tarde, Laxai vio regresar al hombre que amaba por encima de todas las cosas. Y el júbilo volvió a apoderarse de su corazón.

Por un momento, cuando vio alzarse aquel puntúo luminoso sobre la selva, Laxai había temido que Bran se marchaba para no regresar.

Pero ahora estaba segura de que el magnífico *Innombrable* permanecía para siempre entre ellos.

Apresuradamente, descendió la escala y corrió hacia él, que caminaba lentamente precedido por los gemelos «Goliath».

—¿Qué ocurrió, *dalai?* —preguntó ella, después de que se abrazaron y besaron de la forma que él le había enseñado.

—Nada importante —sonrió él, sin ganas—. Supongo que los extranjeros buscadores de gemas no volverán a molestarnos en mucho tiempo.

Laxai seguía interrogándole con la mirada, pero él no dio más explicaciones ni ella las pidió.

—Subamos ahora —propuso él—. Tenemos mucho trabajo arriba.

Tendremos que curar heridos, quemados... enterrar algunos muertos.

Pero sobre todo, tranquilizar a los tuyos.

Y después... ¡Ah, después hemos de volver al desfiladero para traer a los restantes *gurshas!*

Sí, a Roser le quedaba mucho todavía que hacer en Xattrai. Quizá más adelante, un día lejano, se decidiera a comunicar con la Base *Ganímedes*- Uno. Quizá.

Por el momento, se sentía muy a gusto en Xattrai, dejándose acariciar amorosamente por la maravillosa Laxai.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. 

Precio en España 50 ptas.

Impreso en España